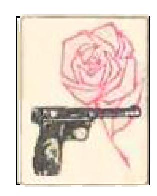


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Doctor Scorpio

He aquí una aventura de cariz y época intemporal cuyo principal personaje villano es, aparentemente, poco menos que un desquiciado mental motivado por simples y puros motivos económicos.

No llegamos a conocer su verdadero nombre, simplemente es el Doctor Scorpio. Con este nombre, parece que deberíamos esperar planes extraordinarios, raros, exóticos… Pues no. Eso sí, el nombre de Doctor Scorpio le está bien aplicado, y además se las da de genio porque ha inventado una máquina llamada Hipnos. Con todo esto y con sus letales escorpiones «domesticados» tal vez las cosas le hubieran ido bien si sus ambiciosos proyectos hubieran sido de cariz vulgar, digamos de granujería corriente. Sin embargo, el Doctor Scorpio comete el tremendo error de implicar a la CIA en esos proyectos.



Lou Carrigan

Doctor Scorpio

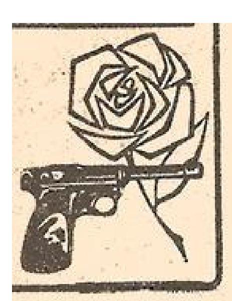
Brigitte en acción - 70

ePub r1.0
Titivillus 26.06.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo I

El coche se detuvo en la esquina, justamente delante de la casa de modas femeninas llamada Wonder. Tanto el hombre que iba en el asiento de atrás como el que estaba al cargo del volante, se acercaron a sus respectivas ventanillas, y vieron a la mujer, de espaldas a ellos, al parecer absorta en la contemplación de los abrigos para la temporada invernal que se acercaba.

—¡Ay! —suspiró el más joven, el del volante—. ¡Jamás veremos en la vida unas piernas semejantes, señor! Son inconfundibles… ¿La llamo?

El del volante era joven, alto, fuerte, atractivo. El del asiento de atrás era de edad madura, feo, pequeño, hosco.

Y dijo:

—Ya nos ha visto. Pero le gusta que contemplemos sus piernas.

—Bueno… —sonrió el joven—. Yo no tengo prisa.

La mujer que estaba mereciendo sus comentarios se volvió, displicente, y se acercó al coche, pero sin mirarlo. El joven del volante debió de haber mencionado algo más, que las piernas, puesto que hablaba de belleza. De arriba a abajo, de derecha a izquierda y desde cualquier lado a cualquier lado, la mujer merecía el embobamiento de cualquier hombre. Una sonrisa de aquellos labios, una mirada de aquellos inmensos ojos azules, podían causar estragos cardíacos en cualquiera. Y una mirada a aquel cuerpo perfecto bastaba para preguntarse si aquella era realidad o fantasía.

Pues bien: aquella hermosísima mujer de elegancia absoluta, entró en el coche, se sentó en el asiento de atrás y se quedó mirando al joven del volante, que parecía en éxtasis.

—Hola, Simón —sonrió.

—¡Ay, Dios mío…! ¡Ay, ay, ay…!

—¿Es un corrido mejicano de moda? —rio la divina.

—Es mi pobre corazón, que va a reventar de un momento a otro.

—Bueno —gruñó el pequeño y feo, mirando malhumorado las simpatiquísimas rodillas de la mujer—, vámonos de aquí.

Ella se volvió, como sobresaltada.

—¡Oh! ¿Está usted aquí, tío Charlie?

—No, no… Estoy en Cuba.

—¡En Cuba…! Lugar muy peligroso, ahora que se dice que los proyectiles rusos teledirigidos no fueron sacados de la isla… ¿Se ha enterado de eso?

—Desde luego.

—Y… Vaya, ¡no me diga que va a enviarme a Cuba a comprobar si esos proyectiles…!

—No. Se están haciendo comprobaciones preliminares, de modo que la cosa va despacio. De momento, querida, todo lo que tiene que hacer es esperar a un hombre.

—¿Para matarlo? —sonrió ella.

—Es usted una sanguinaria —farfulló Charles Pitzer—. Ese hombre al que tiene que esperar es de los nuestros.

—Ah… ¿Me conoce él, tío Charlie?

—Se le envió, por radio, una fotografía de usted. De modo que sí, efectivamente, nuestro hombre conoce a la agente Baby. Espero que eso no la moleste.

Brigitte Montfort, alias Baby, con ficha en los archivos supersecretos de la CIA en Washington, la mejor espía femenina de todos los tiempos, sonrió con aquella deliciosa expresión infantil que podía engañar al más listo de los hombres.

—Si es un compañero, no me molesta nada de él, tío Charlie… ¿Dónde tengo que esperarlo, y por qué?

—Llegará mañana, al muelle sesenta y seis, en un carguero griego llamado *Stenopoulos*. Este es el hombre.

Charles Pitzer sacó una fotografía de buen tamaño, en colores, y la tendió a la espía internacional, que le echó un vistazo de una décima de segundo solamente, y comentó:

—Es guapo. Pero menos que Simón.

—¡Gracias! —rio Simón, atento al tráfico.

—¿Lo mira o no? —gruñó de nuevo Pitzer.

—Querido, ya lo he mirado: cabellos rubios, ojos grises, mandíbula recia, casi cuadrada, cejas finas, orejas un poco grandes, con un lóbulo más pegado que otro, labios finos con mueca de

granuja simpático… Ah, y tiene una peca más grande que las demás sobre la ceja izquierda. ¿Cuál será la contraseña de presentación?

Simón volvió a reír, y Pitzer a gruñir. O él se estaba haciendo ya demasiado viejo para aquello, o la espía tenía cada día mejor vista. Una de dos, no fallaba.

—Ese hombre tuvo que salir en ese carguero griego porque fue localizado por miembros de la MVD, y consideró que era un riesgo innecesario insistir en tomar un avión o un transatlántico de línea. De modo que para evitar peleas, y por tanto riesgos, abordó el carguero en Génova.

—¿Se contrató de marinero?

—Más o menos. Pero el capitán del *Stenopoulos* tiene mucho que agradecer a la CIA.

—Entiendo.

—Ese hombre responderá al nombre de Stephen Shannon. La contraseña no importa, ya que él conoce su rostro. Pero, de todos modos, existe una: «¿Necesita usted ayuda, señor Shannon?».

—Ajá. ¿Qué me responderá él?

—«Jamás he necesitado ayuda. Pero de una bella dama, la acepto».

—¡Qué bonito! —Palmoteó Brigitte, provocando de nuevo la risa del simpático y apuesto Simón—. ¿Y me regalará un enorme y precioso ramo de flores?

Charles Pitzer cerró los ojos, haciendo esfuerzos mentales concentrados para contener su irritación.

—Espero que se lo tome en serio, Brigitte. Ya sé que este trabajo es poca cosa para usted, pero ese hombre llega a Nueva York en lugar de hacerlo directamente a Washington, y cabe la posibilidad de que algunos miembros de la MVD rusa lo estén… esperando, tras recibir informes desde Grecia.

—Comprendo, comprendo. ¿Se trata solo de que quieren matarlo, o Stephen Shannon trae algo importante?

—Muy importante. Nada menos que las listas de los nuevos servicios de la CIA en Europa: un total de unos quinientos nombres, que se reparten bajo las órdenes directas de veintiséis de nuestros mejores agentes europeos. Supongo que se da cuenta de que si esas listas caen en manos soviéticas, nuestra red de espionaje europeo tendría que ser disuelta, a toda prisa, y quedaríamos en una postura

muy desagradable… y peligrosa durante algún tiempo.

Baby Montfort asintió seriamente con la cabeza.

—¿Cómo trae las listas? ¿En papel corriente, en microfilme…?

—Se ha dejado a la iniciativa de Stephen Shannon. Es un buen agente volante, que ha prestado formidables servicios en diversas partes del mundo. Se espera de él que haga lo mejor, naturalmente. Quiero recalcarle, Brigitte, la importancia de esas listas, que llevan incluso las direcciones de esos quinientos hombres, incluidos nuestros veintiséis agentes propios. Sería catastrófico que…

—Lo he entendido ya, tío Charlie. Bien: recojo a Stephen Shannon, me presento, nos conocemos… ¿Qué hago con él?

—Lo lleva a la floristería.

—¿A su cubil? —se extrañó Brigitte—. ¿No sería, entonces, más práctico que usted mismo fuese a esperarlo?

—No. Si es cierto que algunos miembros de la MVD lo están esperando, yo no debo dejarme ver. Sería peligroso. No para mí, sino para la CIA en el sector de Nueva York.

—Ah… Entiendo, claro… —sonrió fríamente Baby—. Siempre es mejor que eliminen o conozcan a un agente que al jefe de un sector, ¿no es así?

—La idea que hasta ahora impera en la CIA es esa —sonrió torcidamente Pitzer—. El hecho de enviarla a usted significa, usted lo ha comprendido ya, que existe la posibilidad de cierto riesgo. Y si hay riesgo, nadie mejor que la agente Baby para recibir a nuestro hombre y llevarlo sano y salvo a la floristería, sin ser seguidos, sin percances, sin fallos de ninguna clase.

—Eso es muy halagador para mí —sonrió Brigitte—. ¿A qué hora llega el *Stenopoulos*?

—Se calcula que a las nueve de la noche. Esto es, dentro de unas veinticuatro horas

—Muy bien. ¿Algo más?

—No. A menos que usted tenga preguntas que hacer.

—Ninguna, querido…

—Yo, sí —intervino el risueño Simón—. ¿Cómo van esos estudios intensos de yoga, Baby?

—Oh, muy bien, Simón… Es una religión muy… interesante. Yo diría que incluso absorbente. Eso, claro está, en el supuesto de que se acepten sus principios ascéticos. Por lo demás, debo admitir que

se consiguen cosas en verdad sorprendentes por medio de sus prácticas. La yoga es una…

—¿Qué cosas sorprendentes? —ironizó Pitzer.

—Oh-oh —amenazó Brigitte con un dedito—. Ya veo que tío Charlie no cree en estas cosas.

—Todo son paparruchas —aseguró firmemente Pitzer—. Eso de los faquires que lanzan la cuerda, que queda tiesa como una barra de acero, y el niño que sube por ella hasta desaparecer, y los que comen fuego, y se clavan sables… ¡Paparruchas!

La bellísima espía frunció el ceño, y se quedó mirando fijamente a su jefe de Nueva York.

—¿Quiere una demostración, tío Charlie? —musitó.

—¡Por supuesto que me gustaría ver esa demostración! —exclamó Pitzer.

—Tengo una idea —propuso Simón—: podemos ir a cenar con usted a su apartamento, y allá nos hace esa demos…

—Nada de cenas, Simón —rio Brigitte—. Peggy tiene su día especialmente libre, y tendría yo que preparar la cena… ¡Qué horror!

—Pues sería bueno que usted aprendiese a cocinar, y a ser una chica más normalita, querida —deslizó Pitzer.

—Tengo la impresión —intervino de nuevo Simón— que el jefe cada día la conoce menos, Baby. Según parece, ignora que usted es una cocinera excepcional, y que puede preparar desde el más rico «soufflé» al más tierno pavo asado, pasando por…

—Está bien —gruñó una vez más Pitzer—. Ya que no podemos ir a cenar porque Baby está sola y no tiene deseos de cocinar, que nos haga aquí mismo una demostración, a ver si nos convence. ¿De acuerdo?

—De acuerdo… Pare el coche allá, Simón, por favor.

El ayudante de Charles Pitzer obedeció. Cuando el coche se hubo detenido, Brigitte abrió su bolsito y sacó de él una finísima aguja de oro cuya cabeza era una perla auténtica.

—Ahora —dijo la espía— pido diez segundos de silencio y de inmovilidad absoluta.

—Pero afuera, en la calle, no hay silencio, ni inmovilidad…

—Dentro del coche deberá haberlas. ¿Listos?

Los dos asintieron con la cabeza, expectantes. Brigitte también

se quedó inmóvil, sonriendo levemente, perdida la azul mirada. En diez segundos, ni siquiera parpadeó, y hasta pareció que dejaba de respirar, mientras sus ojos, sus hermosos ojos azules, parecían convertirse en dos inexpresivas piedras casi negras, secas, duras, impávidas… Y de pronto la espía movió la mano derecha, alzó la aguja de unas cuatro pulgadas de longitud, y la dejó caer con fuerza, clavándola en su brazo izquierdo, entre el codo y el hombro.

Simón y Pitzer respingaron fuertemente, sin poder evitarlo, y el primero incluso palideció un poco. El segundo pareció a punto de abalanzarse hacia Brigitte, para arrancarle la aguja, pero consiguió permanecer inmóvil, consternado y atónito.

Transcurridos cinco segundos, Brigitte arrancó la aguja de su brazo y se relajó de pronto. Volvió a respirar, sus ojos volvieron a ser dos hermosos lagos de azul, y miró sonriente a Pitzer.

—¿Y bien? —preguntó.

Pitzer se apresuró a coger el brazo de la espía, fijando su astuta mirada exactamente en el punto donde se había clavado la aguja.

—¿Saco el… botiquín? —casi tartamudeó Simón.

—No es necesario, Simón. Pero se lo agradezco.

—Aquí no hay nada de nada —musitó Pitzer—. Ni agujero, ni sangre, ni nada…

—Así ha de ser cuando se hace bien, tío Charlie.

—¿Cómo que no hay nada? —exclamó Simón—. ¡Si se ha clavado esa aguja, tiene que haber…!

Se había abalanzado hacia la parte de atrás del coche, y también examinó el brazo de Brigitte. Por fin, se quedó mirando atónito a la espía.

—Pero… ¡pero esto es formidable! —exclamó.

—Paparruchas —gruñó Pitzer—. Paparruchas y trucos baratos.

—¿Trucos? —sonrió Brigitte—. ¿Cuál, por ejemplo?

—Ese alfiler está trucado. Es de esos del cine, que parecen que se clavan, y lo que hacen es plegarse, o algo así. ¡Trucos!

—Bueno… Si el alfiler está trucado, quizás usted también se atreva a clavárselo, tío Charlie.

Pitzer hizo un movimiento instintivo de retroceso, pero vio la mirada entre irónica y pérfida de la espía, y eso le irritó.

—¡Naturalmente que me atrevo a clavármelo! ¡Traiga!

—Señor —advirtió Simón—, mire que si Baby dice…

No llegó a tiempo.

—¡¡¡Uoaaayyy…!!! —chilló Pitzer.

Simón se quedó mirando con ojos desorbitados el alfiler, clavado profundamente en la palma de la mano de Charles Pitzer. La espía se limitó a sonreír tristemente.

—¿Lo ve, tío Charlie? ¡No hay truco!

Y le arrancó el alfiler de un suave tirón. Pitzer quedó encogido en el asiento, mirándose la mano, aterrado. Unas gotitas de sangre estaban brotando de ella, y tuvo que adelantarse, para evitar que cayeran sobre su pantalón. Pic… Pic… Pic… se oyó el gotear de la sangre en el piso del coche.

—Ahora sí que debe sacar el botiquín, Simón. Buenas noches, queridos míos.

Y antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, guardó el alfiler y se apeó del coche.

* * *

En el buzón encontró la carta de Frank Minello, desde Túnez, donde estaba asistiendo a los V Juegos Mediterráneos. Entre otras cosas de pura información local, Frankie le contaba su decepción absoluta respecto a las mujeres árabes:

> *«y no solo cuando les levantas el velo resulta que la mayoría son más bien feas, sino que, todas, todas, tienen las piernas demasiado delgadas. ¡Ah, cómo añoro la visión de esas piernas tuyas, tan sensacionales…! Desde luego, si estas chicas de aquí fuesen en bikini no tendrían el menor éxito. Todo su encanto, su truco, está en taparse cuanto más mejor. Afortunadamente, es una costumbre que ya está considerada más bien como tipismo. Verás lo que me ocurrió la otra noche. Fui a un zoco…».*

Brigitte entró riendo en su dormitorio, leyendo la carta del simpático y fiel Frankie. Desde luego, lo que no le ocurriese a él no le ocurría a nadie…

Acabó la carta, la dejó en el abierto armario, y, todavía riendo, se cambió, poniéndose una de sus sensacionales batitas cortas poco menos que transparentes. Ya tenía el plan para aquella noche:

comería unos bocadillos, acabaría el artículo que estaba esperando el tiránico Miky Grogan, y luego contestaría a Frankie.

Cogió la carta, se volvió dispuesta a abandonar el amplísimo, delicioso y elegante dormitorio… y entonces lo vio, sobre la cama.

No acertó a distinguirlo bien, o quizá fue que su cerebro se resistió a admitir la imagen que le enviaban los ojos. Claro que no… ¡Aquello no podía ser un escorpión!

Y, sin embargo, lo era. Cuando estuvo junto a la cama, mirándolo desde menos de cuatro pies, su cerebro tuvo que aceptar aquel mensaje de sus ojos. Un escorpión.

De color amarillo; de unas cinco, quizá seis pulgadas de longitud, con el clásico abdomen anillado y acabado en punta, en la cual se veía el mortal aguijón, alzado; sus patas de desplazamiento, y las dos pavorosas pinzas delanteras como dispuestas a morder, a pellizcar. Un soberbio ejemplar de escorpión. Solo que…

No estaba vivo. No era auténtico, sino de plástico, o quizá de metal… Brillaba intensamente su tono amarillo, y los ojos eran dos piedras verdes, de frío destello vacío, muerto.

La sorpresa tenía completamente paralizada a la espía internacional. Había vivido muchísimos hechos sorprendentes en sus muchas aventuras, pero aquello la dejó sorprendida, inmóvil, más tiempo del habitual en ella por grande que fuese su sorpresa.

Cuando se recuperó de esta, su cerebro empezó a trabajar a toda marcha. Si aquel escorpión hubiese sido de verdad, siempre quedaba la intrigante y asombrosa posibilidad de que hubiera llegado allí por sus propios medios, de un modo u otro. Pero, puesto que era un escorpión de metal o de plástico, resultaba obvio que había sido colocado allí por alguien. No por Peggy, desde luego. Su doncella era incapaz de recurrir a una broma de tan mal gusto.

¿Entonces…?

Brigitte adelantó una mano hacia el escorpión, pero la retiró vivamente. No, no… Nada de tocarlo. Tenía muchos, muchísimos amigos en todas las partes del mundo, incluidos los servicios secretos ajenos a la CIA. Pero, lógicamente, también tenía enemigos.

¿Qué truco podía haber encerrado en aquel escorpión falso? Retrocedió hacia el armario, de espaldas, y sacó su pistolita de cachas de madreperla. Desde mucha más distancia que aquella, la

espía internacional era capaz de acertar un objetivo aún más pequeño. Pero… ¿y si disparaba y el escorpión explotaba?

De pronto, mientras ella estaba en plena duda, el escorpión movió ligeramente la cola, hacia arriba. Se oyó un finísimo siseo, casi inaudible, apto solo para oídos privilegiados, como los de Baby. Un siseo harto revelador para la más inteligente espía del mundo.

Echó a correr hacia la salida del dormitorio, pero el gas era de una rapidez estremecedora. Apenas había dado tres pasos, ya cayó de rodillas, y sin transición, de bruces. Como muy lejano, continuaba oyendo el siseo, y cuando consiguió alzar la cabeza, vio al escorpión, con la cola abdominal alzada agresivamente.

Brigitte se volvió hacia el armario, arrastrándose. Tenía que llegar allí, al armario, y recurrir a la radio secreta que le ponía en comunicación directa con la floristería donde Charles Pitzer tenía su base secreta de la CIA. O recurrir a la radio de bolsillo, o…

—T-tío… tío Charlie, saben… saben… Pero no pudo llegar a ningún sitio.

De pronto, la espía más audaz y peligrosa del mundo perdió el conocimiento, vencida en pocos segundos por un escorpión amarillo que ni siquiera era auténtico.

Y cinco segundos después, el escorpión explotaba silenciosamente, desintegrándose, desapareciendo por completo.

Capítulo II

Recuperó el conocimiento sin molestias, sin perturbaciones físicas de ninguna clase.

Simplemente, despertó.

Estaba tendida en un sofá que había conocido tiempos mejores. También habían conocido tiempos mejores los sillones, las cortinas, el mobiliario todo de aquella especie de *living* más bien pequeño. Era como si los muebles viejos de una casa hubieran sido colocados allí en lugar de ser quemados, vendidos o simplemente tirados. Había también un buró, un aparador, teléfono… Todo antiguo, y hasta un poco polvoriento.

El teléfono no funcionaba, desde luego.

No había ventanas, ni la menor señal de aparatos renovadores de aire. Un simple *living* viejo y descuidado, con una puerta… que estaba cerrada, naturalmente.

Brigitte Montfort, alias Baby, se colocó en el centro de la estancia, las manitas en la cintura, fruncido el ceño, mirando a su alrededor. Por supuesto, aquello tenía que estar relacionado con las instrucciones de tío Charlie respecto a recoger en el muelle 66 al agente Stephen Shannon, que llegaba de Europa con las listas de los nuevos servicios rejustados de la CIA. De donde se desprendía fácilmente que alguien quería aquellas listas. Pero… ¿la MVD? Positivamente, no. Aquellos no eran sistemas del espionaje soviético. Si los rusos dedicados al espionaje estuvieran metidos en aquello, ella estaría todavía libre, normal, tranquila. Les bastaba vigilarla, esperar la llegada de Stephen Shannon… e intervenir entonces. No antes.

La puerta se abrió de pronto, y tres hombres entraron silenciosamente en el *living*. Uno de ellos llevaba una bandeja con alimentos que olían estupendamente. El otro, una de las maletas de Brigitte. El tercero, una imponente automática provista de

silenciador, que estuvo en todo momento apuntada a la espía, con una firmeza y una fijeza desalentadoras.

Los tres hombres eran altos y esbeltos, de anchos hombros. Llevaban *jerseys* de hilo negro, de manga corta, y zapatos-mocasín, absolutamente silenciosos. Se parecían en todo, como si cada uno fuese una reproducción de los otros.

Dejaron la comida y la maleta, y se dirigieron de nuevo hacia la puerta.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Brigitte—. ¿Qué se proponen? Salió el que había traído la comida, el de la maleta, por último, el de la pistola, que no dejó de apuntarla hasta que la puerta se cerró. Como respuesta a las preguntas de Brigitte, tres inexpresivas miradas.

La espía se quedó mirando la comida, y, puesto que sentía en verdad un buen apetito, se dispuso a ingerirla. Sería absurdo que se hubiesen tomado aquellas molestias para envenenarla, ya que podrían haberla eliminado muy eficazmente colocando gas mortal en el escorpión amarillo.

Pero antes optó por cambiarse de ropa. Se quitó la pequeña bata transparente, abrió la maleta y escogió de allí las prendas que consideró oportunas. Desde luego, habían sido revisadas concienzudamente, así como la maleta. Parecía que quien dirigía aquello sabía muy bien que estaba tratando con Baby, la espía que podía recurrir en cualquier momento a los más inesperados… y desagradables trucos profesionales.

Cenó con buen apetito, encendió uno de los cigarrillos que había en la bandeja, y se sentó en el sofá, dispuesta a esperar. Era lo único que podía hacer.

No tuvo que esperar mucho. Apenas media hora. La puerta volvió a abrirse, y aparecieron de nuevo los tres hombres. El de la bandeja la recogió, vio que no quedaba ni una pizca de comida, y miró a Brigitte casi sonriendo, como si le diera las gracias por el honor que le había hecho a su trabajo. Salió silenciosamente, y poco después uno de los otros señaló con la pistola hacia la puerta.

—¿Debo salir? —sonrió Brigitte.

Hubo un cabezazo de asentimiento. Brigitte volvió a sonreír, y salió del *living*, a un pasillo polvoriento, mal iluminado por una sola bombilla sucia, de escasa potencia. Al fondo había un tramo de

anchos escalones, que ascendió, seguida por los dos hombres. Se encontró en una cocina, cuya puerta al sótano cerró el tipo de la comida… Una cocina grande, rutilante de limpieza, rebosante de confort moderno.

Y después de la cocina, un pasillo, luego un vestíbulo inmenso, con una gran araña de fino cristal colgando del techo, derramando abundante luz. Ahora todo era limpio, nuevo, confortable, lujoso. Objetos de arte, cuadros, muebles, alfombras… Con muy poco esfuerzo mental, Brigitte se situó en uno de los palacetes de la Quinta Avenida neoyorquina. Es decir, muy cerca del Crystal Building, donde ella tenía su apartamento, en el piso veintisiete.

Uno de los hombres abrió la gran doble puerta situada a la derecha de la entrada, y Brigitte vio el amplísimo, severo despacho, amueblado y decorado con gran gusto, enormes estanterías de libros, cuadros…

Entró, la puerta se cerró tras ella, y se volvió con la esperanza de estar sola a fin de poder aprovechar la salida que representaba el gran ventanal que daba a un jardín… Pero no. Los dos hombres estaban dentro del despacho, brazos cruzados sobre el pecho, apoyados con sus anchos hombros en la puerta. Y, fijándose bien, Brigitte vio, afuera, al otro lado de la ventana, a otro hombre, idéntico a los tres que ya había visto.

Parecía que no había nadie más allí, pero una voz llegó desde un sillón cuyo respaldo estaba orientado hacia la puerta:

—Venga, por favor, señorita Montfort.

Un hombre se puso en pie, de pronto, y se volvió hacia ella. Un hombre de más de seis pies de estatura, atlético, vestido con una elegancia sorprendente, tanto más cuanto que parecía hallarse absolutamente cómodo con el esmoquin. Un hombre hermoso, de unos treinta y cinco años. Cabellos lisos, impecablemente peinados con raya a la derecha; barbilla firme, nariz correctísima, rasgos aristocráticos… Un hombre hermoso, joven, fuerte… Pero con un algo que a Brigitte le inspiró casi repugnancia, un estremecimiento que apenas pudo contener. Quizá la excesiva atención que ponía en todo él, tan bien peinado, tan bien rasurado, tan bien perfumado, tan impecable en todo…

O quizá fueron aquellos pequeños ojos negrísimos, que parecían mirar más hacia dentro que hacia fuera, y, al mismo tiempo, daban

la impresión de penetrar en Brigitte, en su cuerpo y en su mente. Ojos de hipnotizador profesional.

La espía se acercó y aceptó el cigarrillo que el hombre le ofrecía en una preciosa pitillera de oro, con dos iniciales que parecían hechas con diminutos brillantes: DS.

A una seña del hombre, Brigitte se sentó en otro sillón, frente a él, fumando, sin perder de vista a aquel notable ejemplar masculino. Desde luego, si él estaba esperando que ella preguntase algo, perdía el tiempo, Ya hablaría él, si quería, o si…

—Naturalmente —sonrió el hombre—, usted comprende la inutilidad de hacer preguntas a su modo, así que tendré que explicarle al mío lo que está ocurriendo… ¿Es eso?

Brigitte contuvo un instante la respiración… ¿Podía leer el pensamiento aquel hombre?

—Así es, señor…

—Puede llamarme Doctor Scorpio.

—¿Scorpio? Es decir, Doctor Escorpión… Muy interesante. Y muy espectacular su sistema de raptos, Doctor.

—Recurro a él cuando me interesa hacer las cosas discretamente, sin matar a nadie. O sea, que no me parece que sea… espectacular.

—Bien… He querido decir que es espectacular para la persona que vive ese… sorprendente hecho.

—Ah, sí… Eso sí. ¿Quiere tomar algo?

—Tomaría con gusto champaña helado.

—¿Perignon 55… con guinda? —sonrió de nuevo Scorpio.

—Magnífico —sonrió también Brigitte.

Scorpio alzó una mano, y uno de los hombres de la puerta salió. Solo un instante, porque Brigitte vio ante la doble puerta, esperando, al que parecía cocinero y camarero del grupo, con una bandeja en la mano izquierda, en la que había un cubo con hielo y una botella, y dos finas copas de cristal. La puerta se volvió a cerrar, y el hombre llevó la bandeja a la mesita que se interponía entre Brigitte y Scorpio, ante la apagada chimenea.

—Gracias, «Dos».

Brigitte miró sorprendida a Scorpio.

—¿«Dos»? —preguntó.

—Como comprenderá, mi nombre elegido, Doctor Scorpio, no es

el verdadero, por cuestiones de seguridad ante un posible percance. Así mismo, mis hombres responden a los nombres de «Uno», «Dos», «Tres», «Cuatro»… Ellos también tienen derecho a esa seguridad. Aunque, señorita Montfort, debo decirle que quien ha visto uno de mis escorpiones no vive ya para contarlo.

—¿Incluida yo?

—Lamentablemente, así es.

Brigitte alzó las cejas y se quedó mirando la copa de champaña que le servía el Doctor Scorpio. Este la llamó, se la tendió, y la espía bebió un sorbito, haciendo inmediatamente una muequecita deliciosa de satisfacción.

—Perfecto —alabó.

—Muchas gracias. Realmente, todo cuanto hace el Doctor Scorpio es siempre perfecto, señorita Montfort.

—Bueno… Eso será cuestión de discutirlo, Doctor. Entiendo que, puesto que todavía estoy viva después de haber visto uno de sus escorpiones es porque usted pretende… utilizarme, de un modo u otro…

—Naturalmente.

—Claro… Naturalmente… Y dígame, ¿piensa utilizarme viva o… sacando partido de mi cadáver?

—La necesito viva, señorita Montfort.

Brigitte bebió otro sorbito de Perignon 55. Luego, sin conceder importancia a la incorrección, introdujo dos deditos en el burbujeante líquido, sacó la guinda y la introdujo en su boquita.

Acto seguido sonrió amablemente y dijo:

—Viva soy demasiado peligrosa.

—Tengo noticias de ello.

—Lo supongo… ¿Qué más noticias tiene sobre mí?

—Bien… Sé que es usted una espía… famosa. Invencible, según me han asegurado.

—¿Quién se lo ha asegurado?

—La misma persona que me ha dado su nombre clave en la CIA: Baby.

—Ajá… Me resulta penoso admitirlo, Doctor Scorpio, pero yo diría que hay un traidor en la CIA.

—En efecto. Un hombre que está colaborando conmigo en este asunto.

—¿Las listas de los servicios de la CIA en Europa?

—Sí, desde luego. Quiero esas listas.

—Pues… yo diría que ese traidor le habrá dicho por dónde han de llegar, en qué momento y cuál es el hombre que las trae a América.

—Sí, sí… El nombre de ese agente es Stephen Shannon, y llegará mañana, hacia las nueve, en el carguero griego llamado *Stenopoulos*… Tengo incluso una fotografía de él.

—Nunca me gustaron los traidores —susurró fríamente Brigitte —. Ni las incongruencias, Doctor Scorpio. Si usted sabe todo eso… ¿para qué me necesita a mí?

—Digamos que soy un hombre… cauteloso. Jamás doy un paso en falso. Jamás, señorita Montfort.

—Cuestión de apreciaciones. Si he de serle sincera, le diré que acaba de dar uno.

—¿Cuál?

—Mantenerme viva. No se fíe de mi aspecto, Doctor Scorpio. Ni de mi aparente… dulzura. En realidad —sonrió—, soy una especie de… simpática víbora… Venenosa, por supuesto. Usted debe de saber que lo mejor que se puede hacer con una víbora es matarla… o alejarse de ella lo máximo posible.

—Quien ame el peligro, perecerá en él —sonrió Scorpio—. Pero a mí siempre me ha gustado el peligro. Hasta cierto punto, claro… Quiero decir que cuando emprendo algo peligroso es porque estoy seguro de dominar la situación. Es como… como si uno empezase a sumar veinte veces dos; de antemano sabe que el resultado será cuarenta, no importa lo que vaya sucediendo con los números. Veinte veces dos, serán siempre cuarenta… ¿Más champaña?

—No, gracias… ¿Trabaja usted para los rusos, Doctor?

—¡De ninguna manera! Soy demasiado inteligente para eso. Yo solo trabajo para mí mismo.

—Inteligente actitud, en efecto. ¿Puedo saber qué utilidad van a reportarle, entonces, los nombres que contiene esa lista europea?

—Cinco millones de dólares limpios. Quizá más, según mis… decisiones de última hora.

—Temo que no le comprendo… Oh, sí, gracias.

Tomó otro cigarrillo de la pitillera de Scorpio, el cual, tras darle fuego, encendió otro cigarrillo para él.

—La solución es bien simple, en realidad —dijo Scorpio—. Yo espero conseguir una cierta cantidad de la CIA, a cambio de la lista de sus hombres en Europa. Creo que son unos quinientos, al mando de veinticinco expertos en espionaje…

—Veintiséis —corrigió Brigitte.

—¿Qué más da? La idea, como le digo, es simple. Consigo esas listas, y las ofrezco a la CIA por once millones de dólares. Uno de esos millones es para mis colaboradores en Europa; cinco, para el hombre que está en la CIA y que trabaja para mí. Y otros cinco para mí mismo. Soy bastante justo en el reparto.

—La CIA se reirá de usted, Doctor Scorpio. Es imposible que usted consiga matar a quinientos hombres distribuidos en toda Europa.

—¿Quién habla de matar? Mi plan es el siguiente: con los cincuenta y tantos hombres que tengo en Europa esperando el momento, raptaré a los veinticin… veintiséis agentes expertos. Para ello, solo necesito tener las listas en mi poder, y enviarlas a Europa por medio de un hombre de confianza. En veinticuatro horas, esos veintiséis expertos en espionaje estarán en mi poder. Inmediatamente, la CIA recibirá una… oferta especial: once millones de dólares a cambio de la devolución de esos hombres y de las listas. De otro modo, las listas irían a parar a la MVD, que, seguramente, en menos de veinticuatro horas desarticularía toda la red informativa de la CIA en Europa. Y no solo eso, sino que los rusos conseguirían buenas informaciones de esos hombres capturados… Podríamos decir que durante unos meses la CIA estaría completamente anulada en el Viejo Continente. Y eso es… sería poco menos que una catástrofe para Estados Unidos, señorita Montfort.

—Creo que usted es un niño encaprichado de un caramelo —rio la espía—. ¡En menos tiempo del que se piensa, la CIA montaría otra red similar en Europa!

—Oh, vamos, vamos, señorita Montfort… Estamos hablando en serio. Esto no es una broma.

—Empiezo a temerlo. Pero sigo sin comprender por qué no le quita esas listas al agente que llegará en el *Stenopoulos*, lo cual sería mucho más simple.

—Como simple, tenemos la explicación que voy a darle: si ese

agente sufre algún percance, la inmediata reacción de la CIA será enviar un mensaje al centro coordinador de Europa, ordenando la inmediata dispersión y ocultamiento de esos quinientos hombres. En cambio, si en la CIA están tranquilos, todo seguirá normal… y mis amigos de Europa podrán raptar los veintiséis expertos, dejando poco menos que inermes a los restantes hombres.

—Perfecto, Doctor Scorpio. Debo admitir que el plan está muy bien pensado. Pero sospecho que el agente que llega de Europa no estará conforme con sus planes.

—Sí lo estará, cuando usted vaya a recibirle. Stephen Shannon ha recibido una telefoto suya a bordo del *Stenapoulos*. La conoce, y sabe que debe confiar absolutamente en usted. Cuando la vea esperando en el muelle, la reconocerá, usted le dará la contraseña y lo llevará a la floristería donde la CIA tiene su mando del sector de Nueva York. Hecho esto, Stephen Shannon quedará tranquilo, y la CIA no sabrá nada.

—Quizá se lo digan los de la floristería —sugirió Brigitte.

No, no… Ellos, como usted, solo harán lo que yo ordene. Nada ocurrirá que pueda alarmar a la CIA. Es más: incluso recibirán el original de los hombres que trabajan para ella en Europa. Yo, modestamente, me conformaré con una copia.

Brigitte estaba atónita, incrédula.

—¿Debo entender, Doctor Scorpio, que usted espera de mí y de mis compañeros de Nueva York que le obedezcamos en todo, que… colaboremos voluntariamente en sus planes?

—Mmm… Voluntariamente, no es palabra exacta, señorita Montfort.

—¡Por el amor de Dios…! —rio de pronto la espía—. ¿Acaso pretende usted hipnotizarnos a todos? ¡Oh, sí, eso es lo que está pensando, lo que está intentando conmigo hace rato…!

—Pero no lo consigo —sonrió secamente Scorpio—. Tiene usted una voluntad demasiado fuerte para métodos normales, lo admito.

—¿Métodos… normales?

—Hay diversos métodos para el hipnotismo. Últimamente, la Ciencia ha efectuado algunas pruebas… peligrosas, en cierto modo, intentando utilizar el hipnotismo en lugar del éter y cosas parecidas en los enfermos que debían ser intervenidos quirúrgicamente. Parece que ellos todavía están… experimentando tímidamente con

eso. Yo, en cambio, he conseguido el triunfo total. Con una variante: la persona a la que hipnotizo, no queda dormida, sino bien despierta, aparentemente normal. Y siempre dispuesta a obedecer mis órdenes.

—¿Como un robot? —sonrió Brigitte.

—Exactamente.

—¿Y piensa convertirme a mí en un robot?

—Así es. Y a sus amigos de la floristería.

—Es lo más extraordinario que he oído en mi vida, Doctor Scorpio, se lo aseguro… Oh, vamos, usted parece una persona culta e inteligente… ¡No creerá todas esas tonterías, supongo!

—Las creo, las practico… y las consigo. En diez minutos como máximo, señorita Montfort, usted será solamente un robot a mis órdenes exclusivas. Luego, sus amigos de la floristería. Entre los tres, engañarán con facilidad al agente que llega de Europa, él se irá tranquilo, la CIA esperará las listas vía Nueva York, las recibirán, y yo, con las copias que obtendré, haré mi trabajo que le costará a la CIA once millones de dólares.

—Una última pregunta, Doctor Scorpio: ¿usted se da cuenta del lío en que se está metiendo?

—¿Lío?

—¡Por supuesto! Mire, yo comprendería ese interés suyo en conseguir las listas de la CIA en Europa si fuese un hombre que estuviese al servicio de cualquier espionaje enemigo… Incluso, como soy persona normal e inteligente, estaría de acuerdo con usted, y desearía que ganase el mejor. Pero, en este caso, usted es… una hormiga que está buscando… camorra a un oso hormiguero. ¿No se da cuenta?

Scorpio se puso en pie, inmutable, perfecto, elegante, cortés.

—Antes de matarla, señorita Montfort, usted tendrá ocasión de comprender su error… ¿Tiene la bondad de seguirme?

Capítulo III

En el mismo pasillo que llevaba al pequeño *living* donde Brigitte se había recuperado de su desvanecimiento por gas, Scorpio apretó un lado de la pared, y una puerta se abrió en esta, silenciosamente.

Inmediatamente, Brigitte comprendió que aquel hombre, loco o no, contaba con grandes medios económicos, que le habían proporcionado un gran surtido de aparatos de uso desconocido. Una gran pantalla, en blanco entonces; dos cámaras que parecían tomavistas; una radio cuya potencia, incluso interceptora, estaba fuera de toda duda; un extraño aparato parecido a una silla eléctrica, con electrodos… Aquello, en conjunto, tenía la desconcertante apariencia de laboratorio, taller físico y confortable retiro privado al mismo tiempo.

—Pase, por favor.

Brigitte obedeció, mirando a todos lados. Bien pensado, aquel lugar tenía, también, aspecto de… quirófano. Sí, de quirófano. Era como si de allí pudiese brotar la Vida y la Muerte al mismo tiempo, todo mezclado de un modo angustioso, torturante, obsesivo.

—Considero superfluo explicarle el funcionamiento de la mayor parte de estos aparatos, ya que tengo entendido que es usted una experta en toda clase… de artilugios semejantes: radio, televisión, radar, sonar, fotografía simple y con luz negra, sistemas de reflexión… Es un poco complicado para la mayoría de los mortales, pero no para usted… ¿Cierto?

—Más o menos —musitó Brigitte.

—Actualmente, estoy dedicado a conseguir un rayo Lasser… Créame, es una tarea ímproba para quien solo cuenta con sus propias fuerzas y medios económicos, pero mi prisa no es demasiada. Sé esperar. Por ejemplo, he tenido ocasiones de fastidiar a la CIA varias veces, pero el asunto no valía la pena. Ahora sí, porque…

—¿Solo fastidia usted a la CIA, Doctor Scorpio?

—Sí. Soy… mmm… muy nacional. Realmente, no causo grandes perjuicios, aparte de los económicos He intervenido en pequeños asuntos que me han proporcionado unos beneficios ridículos… Asuntos en los que la CIA no ha llegado a saber ni siquiera mi nombre. Y creo que ha llegado el momento de que lo conozcan.

—¿Es usted norteamericano?

—Sí… Oh, sí, sí…

—Entonces… ¿por qué no se dedica a fastidiar a los rusos, o a los ingleses, o a las chinos…?

—Cuestión de medio ambiente. El inglés es difícil de imitar, ya sabe, aunque haya quien crea que el lenguaje de USA y de Inglaterra es el mismo. Parecido, solamente. En cuanto al chino o al ruso… debo admitir, modestamente, que no podría engañar a un chino. Ni a un ruso. Aquí, en Estados Unidos, estoy como pez en el agua. Domino perfectamente la situación. Y a fin de cuentas, como le digo, solo se trata de pequeñas operaciones independientes, en general… y de mermar el presupuesto de la CIA en particular. Un caso ejemplar: si rapto a un niño y le pido un millón de dólares a su padre, el quebranto es grande, puede que, aunque sea millonario, pase apuros para reunir ese millón. Hay escándalo, interviene la Policía, el FBI especialmente… Circulan fotografías del niño, otros detalles… Eso está bien para hacerlo de cuando en cuando, como atracos, robos, contrabandos, asesinatos por encargo… Pero la CIA… ¡Ah, la CIA! Es la víctima por excelencia. Jamás dará publicidad a nada, jamás gritará la ignominia o la expoliación de que es objeto. Y, al mismo tiempo, tiene tanto dinero que siempre podrá pagar mis… caprichos. ¿Lo entiende?

—Perfectamente. Digamos que, aunque se dedica a pequeños latrocinios particulares, piensa tener en la CIA a su mejor proveedor… de divisas.

—Exactamente. Siempre bien entendido que lo que no le interese a la CIA puede interesarle a otros servicios de espionaje.

—Entiendo —murmuró fríamente Brigitte—. ¿Qué clase de aparato es este?

—Es el… Oh, pero antes quiero enseñarle otra cosa. Son mis juguetes, mis… obras de arte. ¿Conoce la vida de los escorpiones?

—Nunca me han interesado, lo confieso.

—Es una vida… dura y solitaria, amarga, cruel. Son animales decepcionados, en cierto modo. Y quizá por eso, la Naturaleza les proveyó de esa terrible fuerza en su aguijón… ¿Usted sabía, por ejemplo, que el escorpión pocas veces quiere matar? Cuando clavan su aguijón, lo único que pretenden, locos de miedo, es defenderse. Y al hacerlo, matan…

—¿De qué se defiende usted, Scorpio?

El Doctor Scorpio pareció no haberla oído.

—Hay varias clases de escorpiones, algunos de ellas mortales. Otros, producen solamente una irritación carnal y sanguínea, que es dolorosísima, pero no mortal. Le enseñaré algunos de mis ejemplares… Pero no tema: son de lámina de aluminio, pintados según los diversos cometidos a que los destino. Venga.

Scorpio apretó un pequeño botón que se veía cerca de la radio potentísima, y un trozo de pared se deslizó hacia la derecha, dejando visible un gran cristal. Tras ese cristal, en realidad dos hojas desplazables, había unas estanterías, también de cristal, todas ellas llenas de escorpiones de láminas de aluminio, pintados de diferentes colores.

—Son reproducciones exactas de los originales —explicó Scorpio —. Según su color, tienen unas u otras propiedades. El amarillo, por ejemplo, es de la especie llamada «Buthus Occitarus». No es mortal… Y por tanto lo utilizo para trabajos… delicados.

—Uno de esos me envió a mí, ¿no?

—Sí… Dentro, hay un gas que solamente produce sueño. Luego, cuando el gas acaba de salir, un pequeño mecanismo entra en acción, se mueve un diminuto percutor, y el escorpión estalla, desapareciendo. Por eso nadie encuentra nunca rastros de mis escorpiones. Este mecanismo de autodestrucción es idéntico en todos, pero no así su cometido estricto. Vea esos otros, por ejemplo, de color rojo… Imitación de la especie Euscorpius. El gas que desprende es parecido a los efectos que produce el propio escorpión en vivo: inmovilidad absoluta, una especie de parálisis acompañada de dolores tan intensos que se desea la muerte… ¿Le interesa?

—No mucho. Preferiría marcharme —sonrió Brigitte.

Scorpio sonrió cortésmente, consciente de la auténtica atención con que la espía examinaba sus escorpiones de metal pintados de diversos colares: amarillos, rojos, azules, blancos, verdes… Había de

diferentes tamaños, además.

—¿Cómo los controla?

—Por ondas ultracortas. Mecanismos complicados, pero de los cuales usted ya debe de tener noción. Todo ello está dentro del… mensajero de mis deseos: desvanecimiento, parálisis, ceguera… Muerte…

—¿Cuál es de la muerte?

—El negro. Ese —señaló una docena de ellos—, como los demás, puede ser accionado manualmente, tan solo apretando su pinza derecha… Pero apretar la pinza derecha de uno de los negros significa la muerte segura, por gas venenoso. Su nombre científico es, precisamente, Scorpios. De ahí mi nombre de guerra, señorita Montfort. ¿Quiere ver los auténticos?

—¿Los… los qué…?

—Los escorpiones auténticos —sonrió Scorpio—. ¿No quiere?

—¿Usted… tiene… escorpiones de verdad… aquí?

—¡Desde luego! Vaya adonde vaya, según el trabajo que emprenda, ellos vienen conmigo. Igual que «Uno», «Dos», «Tres» y «Cuatro». Son mis buenos amigos. Oh, por favor, permítame que se los muestre… Yo los encuentro… ¡fascinantes!

Se corrió otro trozo de pared, dejando visible otra vitrina, más iluminada que la anterior, y más grande, con una gran lámpara solar en lo alto, y acondicionada como si fuese un pedazo de desierto. Y en aquella superficie con sol artificial y clima tórrido, no menos de dos docenas de escorpiones auténticos, vivos, moviéndose bajo piedras y grumos de tierra ardiente, furtivos, camuflándose con los distintos colores de su nido escalofriante.

Instintivamente, Brigitte dio un paso atrás, pero Scorpio la miró como defraudado, insistiendo:

—Esperaba un comportamiento más digno por su parte, señorita Montfort. Vea como… ¡Ah, maldición!

—¿Qué… qué pasa…?

—Han vuelto a pelearse, y uno de ellos ha muerto… A veces, son tan feroces en sus luchas, que se pican ellos mismos, en su espalda, en su afán por clavar el aguijón en el contrario. En realidad, quizá de un modo inconsciente, son todos unos pequeños asesinos. Está claro que todas estas especies son mortales, señorita Montfort. Bien… Habrá que sacar ese cadáver.

—¿Piensa sacarlo de ahí? ¿Cómo?

El Doctor Scorpio sonrió una vez más. Abrió un cajón de un mueble metálico, y sacó unos largos guantes negros, que se puso lentamente, bajo la mirada de terror mal contenida de los dos hombres que habían entrado allí con él, y que retrocedieron hacia la puerta, lívidos. De lo cual tomó buena nota la espía.

Scorpio bajó el cristal e introdujo la mano dentro del pequeño desierto artificial, sacando el escorpión muerto. Se quedó mirándolo consternado, y al fin musitó:

—Tendré que hacer un viaje a Arizona y al norte de África en cuanto tenga unos días libres, a buscar más. En menos de un mes, han muerto nueve. Son demasiado agresivos… o miedosos, en realidad. A veces, paso horas y horas observándolos, y he visto a muchos de ellos que, llevados de su propio miedo, se han clavado el aguijón…

—Quizá son un poco estúpidos —sugirió Brigitte.

—Quizás. Pero siempre fascinantes, como la muerte misma… Le mostraré mi favorito… Naturalmente, es uno de los negros, el más grande, el más peligroso y mortal. Pero no lo veo… Ah, ah, ah… Ya lo veo, debajo de esa piedra oscura… Casi todos ellos poseen una buena capacidad para el mimetismo, o quizás es simplemente que se adaptan al medio ambiente… Ven aquí, Scorpio… ¿Has sido tú quien lo ha matado? ¿Eh? ¿Has sido tú? Eres un bravucón, amigo mío…

Había metido la mano en el encristalado nido de escorpiones, tranquilamente, y sacó de debajo de la piedra el más grande y terrorífico escorpión que Brigitte había visto jamás, ni siquiera en dibujos o enciclopedias. Debía de medir casi ocho pulgadas, y su aguijón era enorme. No era propiamente negro, sino castaño oscuro, a veces con un sucio brillo que le hacía parecer negro. Las pinzas que eran sus brazos se movían furiosamente, intentando pizcar aquella mano que lo sostenía.

—¡No lo conseguirá! —rio Scorpio—. Los guantes son de fibra de titanio, igual que algunos chalecos antibalas. Pero me divierte ver cómo Scorpio quiere siempre atacar, matar, sea como sea… ¿Quiere ver…?

—Si no ha de picarlo a usted, no se moleste.

Scorpio se echó a reír. Parecía de un humor excelente, como un

niño con el juguete soñado recién conseguido. Con un dedo de la otra mano, también enguantada, apretó el dorso del escorpión, que inmediatamente movió su cola-abdomen hacia delante, lanzando un furioso aguijonazo al dedo. Scorpio rio aún más, casi trastornado de placer, divertidísimo.

—Vamos, pica… ¡Pica, pica, pica…!

Scorpio picaba una y otra vez, como enloquecido, clavadas sus pinzas cuanto podía en la fibra de titanio del largo guante negro. Y el Doctor Scorpio reía a cada picotazo, jubilosamente, en el colmo de la diversión…

De pronto, alzó los ojos; aquellos negrísimos ojos que parecían penetrar en las mentes y los cuerpos, dejándolos fijos en los azules de Brigitte.

—Pero no todo han de ser diversiones, señorita Montfort. Temo que también tendré que trabajar… con usted. Lamento haberle hecho esperar.

Metió a Scorpio en su desierto particular, cerró el paño de pared aquel, y también el otro. Se quitó los guantes, tras tirar el cadáver del escorpión a un pequeño incinerador, y señaló aquello que a Brigitte le había parecido una silla eléctrica.

—Es un aparato de mi invención, que me ha dado sobradas pruebas de su eficacia. Lo bauticé con el nombre de Hipnos… Sentadla.

«Uno» y «Dos» avanzaron hacia Brigitte, que inclinó la cabeza, como abatida, vencida de antemano. Y cuando «Uno» la cogió del brazo, pagó las consecuencias de haber confiado en el gesto de aquella dulce, hermosísima muñequita de ojos azules. Recibió el primer hachazo con el canto de la mano en plena nariz, con tanta fuerza y colocación que la ternilla emitió un seco crujido de rotura, y un chorro de sangre brotó impetuosamente de ambas fosas nasales, mientras «Uno» retrocedía, tambaleante, ciego por las lágrimas que el dolor hacía brotar en sus ojos.

«Dos» lanzó una de sus enormes manazas hacia delante, pero Brigitte la desvió con un golpe, hizo un amago con la otra mano, y cuando el hombre protegía su rostro, le dio un escalofriante puntapié en una ingle, con su agudo zapatito. «Dos» lanzó un entrecortado gemido, y se vino de bruces al suelo, palidísimo, mientras «Uno», todavía no recuperado totalmente, pasaba al

ataque…

Y lo hizo con tanto ímpetu, que Brigitte solo tuvo que inclinarse, esperar a que el cuerpo de «Uno» quedase doblado sobre su hombro, y golpearle con este entre las dos ingles, con lo que el golpe llegó al sitio elegido, dejando a «Uno» paralizado, sin respiración, ahogándose en aquel horrible dolor. Brigitte se apartó de él, enderezándose y lanzándole un golpe de costado, como una bofetada al revés, que alcanzó a «Uno» en la mejilla derecha, acabando de derribarlo, como un saco.

De tan veloz y afortunado modo se libró Brigitte de los dos hombres de Scorpio, antes de mirar a este, que la contemplaba con una mueca de desagrado, sin mostrar arma alguna.

—No sea necia, señorita Montfort No podrá escapar de aquí.

Se volvió hacia una de las vitrinas, la dejó al descubierto… Y Brigitte salió corriendo al pasillo. Llegó al amplio tramo de escalones, y estaba a la mitad cuando «Tres» apareció en lo alto, pistola en mano, precipitándose hacia el pasillo. Vio a Brigitte una fracción de segundo tarde.

—¡EeeeEEEEEehhhh…!

En su veloz impulso pareció a punto de chocar contra la espía, pero esta se apartó, y mientras «Tres» intentaba frenar su marcha gritando, revolviéndose hacia ella, Brigitte le golpeó con ambas manos juntas en un costado, en tremendo hachazo que obligó a «Tres» a gritar otra vez, tanto por el dolor como al verse precipitado escalera abajo…

—¡Señorita Montfort!

Brigitte recogió rápidamente la pistola de «Tres», y se volvió hacia el pasillo, alzándola, dispuesta a disparar contra Scorpio justo cuando el escorpión amarillo lanzado por este estaba a pocas pulgadas de su rostro. Un agudo grito casi histérico brotó de labios de la sorprendida espía, que disparó dos o tres veces, sin orden ni concierto, aterrada ante el brutal impacto del escorpión en pleno rostro.

Oyó la risa de Scorpio; vio a «Cuatro» en lo alto de la escalera, pistola en mano; pero solo un instante, ya que se apresuró a desaparecer, a huir del gas, igual que Scorpio. Luego vio cómo los escalones y la bombilla de poca luz giraban a su alrededor, oyó el ruido metálico de algo al caer en un escalón, vio una pistola

rebotando, más giros, más giros, más giros…

* * *

Se abrió la doble puerta del suntuoso despacho, y cuando Scorpio se volvió hacia allí, vio a «Uno» en el umbral.

—¿Se ha recuperado ya?

«Uno» asintió con la cabeza, pesadamente. Todavía tenía los ojos turbios por el dolor de los golpes recibidos, y su nariz empezaba a hincharse a ojos vistas.

—¿La habéis colocado ya en Hipnos?

Nuevo asentimiento de «Uno», tras el cual Scorpio se volvió hacia el hombre que ocupaba el sillón que poco antes ocupara Brigitte. Un hombre alto, de hombros anchos, mandíbula recia y mirada inteligente.

—Cuando usted quiera, Newcombe, procederemos con la señorita Montfort.

—Ah, no… No cuente conmigo, Scorpio. No quiero que ella me vea.

—¿Por qué? Ella está condenada a muerte, y hasta que le llegue ese momento su cerebro estará anulado, en mi poder toda su voluntad.

Gerald Newcombe, espía profesional, traidor a la CIA por cinco millones de dólares, movió negativamente la cabeza.

—Scorpio, tenga mucho cuidado —murmuró—. Esa mujer está fuera de cualquier línea normal femenina…

—¿No es… mujer? —sonrió Scorpio.

—Oh, sí… Muy mujer. Es buena, generosa, dulce, amable, tierna, simpática, encantadora… Es maravillosa, en suma. Pero no soporta ninguna clase de actividad que pueda perjudicar a sus compañeros de la CIA. Ha matado fríamente a varios hombres por eso. Tenga presente lo que le digo: en cuanto usted cometa el más pequeño fallo, Baby nos aniquilará a todos.

—Por favor, Newcombe… Parece que esté usted hablando de una persona extraterrestre.

—No, no… Es muy terrestre. Pero tiene una suerte increíble en todo momento. En su expediente personal en la CIA, ella está en el fichero supersecreto, junto con unos pocos agentes más de los

privilegiados, de los que parecen haber nacido para espías. Y en su tarjeta de identidad de ese expediente, se ha impreso esta expresión: «Lo Imposible». Es un galardón que pocos agentes poseen. «Lo Imposible», significa que cuando todos han fallado, o cuando la misión no puede admitir fallos, se envía a la agente Baby. Ha salido con bien de apuros espantosos, brotando del mar, cayendo del cielo, escurriéndose por cualquier grieta, utilizando el arma más insospechada… Scorpio, tenga cuidado con ella.

El ceño del Doctor Scorpio se había fruncido pensativamente.

—Bien… Cuando usted habla así, será por algo, supongo.

—Usted mismo me ha contado lo que hizo con «Uno» y «Dos» en menos de cinco segundos. Ella puede matar a un hombre de un solo golpe.

—De acuerdo, la vigilaré estrechamente, y la someteré a pruebas especiales… ¿No quiere presenciar su hipnosis, por una mirilla?

—Ah, eso sí… Pero de dejarme ver por ella, ni hablar. Y espero que no le mencionará mi nombre. Si escapase…

Gerald Newcombe se estremeció, bajo la irónica mirada del Doctor Scorpio, que encogió los hombros. A ratos, parecía el Conde Drácula, con su negra indumentaria, su aspecto impecable, sus cabellos lisos y pegados al cráneo, su pálido rostro aristocrático…

—De acuerdo, me ocuparé especialmente de que no escape. Vamos a hipnotizarla.

* * *

Sentada en aquella especie de silla eléctrica, sujetos fuertemente sus brazos a los del feo mueble, así como sus pies, muslos, hombros y cintura, la agente Baby notaba en su cabeza un peso extraño, como si algo oprimiese su cerebro por completo. No podía moverse ni siquiera una pulgada, pero con el rabillo del ojo veía los finos cables de colores que colgaban a sus lados.

Cuando la puerta se abrió, dirigió hacia allá su azul mirada, inexpresivamente, fijándola en el Doctor Scorpio, que le sonrió amablemente. «Uno» entró tras él y cerró la puerta, en la cual se abrió una mirilla, y dos ojos humanos quedaron visibles, atentos a la espía…

—Bien, señorita Montfort, ha llegado el momento de trabajar.

Usted es una prisionera… poco confortable, pero yo deseo que esté cómoda en Hipnos. ¿Le duele algo, siente alguna molestia?

—Solo su presencia, Scorpio.

—Pues… lamento no poder evitarle tan desagradable circunstancia, pero deberá soportarme durante diez minutos más: el tiempo que necesito para convertirla en… ¿cómo dijo usted?… Un robot, eso es. ¿Quizá la oprime demasiado el anulador?

—¿El qué?

—Oh, usted no puede verlo, claro… Me refiero al casco metálico que tiene en la cabeza, provisto de electrodos. Lo llamo «anulador» porque, merced a la introducción de una corriente especial en su cerebro, produce una debilitación de este, tan grande, que me permite adueñarme, durante no menos de tres días, de su voluntad. El «anulador» produce unos efectos… sorprendentes. Es como… come si su materia gris, que en usted supongo muy abundante, se fuese… derritiendo, o secando. Su inteligencia y voluntad descienden en un setenta y cinco por ciento mientras dura mi experimento; y en esos diez minutos, mis ojos hacen el resto. Cuando usted se levante de Hipnos, todas sus facultades seguirán siendo las mismas que ahora. Solo que… yo seré quien utilice esas facultades.

—Usted está loco, Scorpio. Nadie ha conseguido jamás hipnotizarme.

El Doctor Scorpio movió elegantemente una mano.

—Hablaremos de eso cuando la haga volver en sí, al finalizar su cometido… ¿Dispuesta para la prueba? Diez minutos exactos, señorita Montfort. Ah, por si intenta cerrar los ojos, le diré que es inútil. El resultado será el mismo… ¿«Dos»?

«Dos» apretó un botón del tablero de mandos, y Brigitte se estremeció y lanzó un agudo grito.

—No es nada —sonrió amablemente Scorpio—. Solamente la primera reacción repelente del cerebro. ¿Se da cuenta? Ya va cediendo la molestia eléctrica…

Brigitte se había calmado rápidamente. Sus ojos estaban fijos en los de Scorpio, y en la frente aparecieron unas gotitas de sudor… A su vez, Scorpio mantenía la vista fija en ella, de modo obsesionante…

Aquellos pequeños ojos negros parecían contener en su fondo

todo el misterio y el poder del mundo; eran como dos diminutos perforadores capaces de taladrar un cerebro, y que estaban funcionando a todo poder… Como si de aquellos dos puntos negros brotasen invisibles rayos lanzados contra el cerebro de la espía.

—Eso es todo, señorita Montfort… Así… Relájese completamente, sin miedo… Nada va a ocurrir… Mantenga los ojos abiertos y fijos en los míos. Olvide que está en un nido de escorpiones, y piense solamente en lo que yo le diré. Piense en…

Capítulo IV

A los diez minutos exactos del inicio del experimento, Scorpio hizo una seña, y «Uno» se apresuró a apretar el botón que detenía el funcionamiento del aparato. Dejó de oírse aquel zumbido impresionante, y la voz de Scorpio, que quedó como cansado, fatigado, igual que Brigitte con unas gotitas de sudor en la frente.

Se las limpió cuidadosamente con un inmaculado pañuelo, que tiró al incinerador, y de nuevo prestó toda su atención a la espía, que lo miraba inexpresivamente, tranquila al parecer.

—Señorita Montfort, todo ha terminado… ¿Me oye?

Brigitte no movió ni siquiera un párpado. Continuó igual, impávida, inexpresivos los ojos, apretados los labios.

Scorpio chascó dos dedos.

—Hemos terminado, señorita Montfort. Por favor, présteme atención… ¡Vamos!

Hubo un parpadeo en los hermosos ojos. Luego, un ligero estremecimiento en todo el cuerpo. Por fin, los azules ojos magníficos quedaron fijos en los de Scorpio, ahora con expresión normal, brillantes.

—Diga, «Doctor Scorpio».

—Todo ha terminado. Si usted está bien, podemos proceder a la prueba de comprobación.

—Estoy perfectamente —sonrió Brigitte.

—Muy bien. ¿Quiere decirme su nombre completo?

—Brigitte Montfort.

—No, no, no… Ahora soy yo quien la dirige, señorita Montfort, no lo olvide. Usted es solamente una prolongación de mi voluntad, de modo que obrará de acuerdo con ella. Quiero siempre la verdad, y una obediencia ciega. ¿Lo comprende?

—No soy ninguna imbécil, Scorpio… ¿No podría desatarme, o quitarme estos grilletes…?

Una nueva seña de «Scorpio», y fue «Uno» quien privó a Brigitte de las abrazaderas que la sujetaban a Hipnos. La espía se desperezó graciosamente, sonriendo.

—¿Su nombre verdadero y completo? —insistió Scorpio.

—Brigitte Bierrenbach Montfort.

—¿Es alemana? —pareció asombrarse Scorpio.

—Hija de padre alemán y madre francesa, nacida en Francia, en mil novecientos treinta y nueve… Exactamente, el dos de julio de mil novecientos treinta y nueve.

—¿A qué se dedicaba su padre?

—Era estratega militar.

—¿Y su madre?

—Fue espía. La mataron.

—La nacionalidad de usted es norteamericana. ¿Por qué?

—Fui adoptada a principios de la guerra por familiares de mi padre, que me consiguieron la ciudadanía norteamericana.

—Bien… ¿Puede decirme a qué se dedica usted?

—Soy periodista. Trabajo en el *Morning News*, a las órdenes del viejo ogro Miky Grogan.

—Pero usted es algo más que periodista, ¿no es cierto?

—Oh, sí —sonrió Brigitte—. Soy espía, igual que mi madre.

—Espía… ¿Para quién trabaja?

—Para la CIA, naturalmente. Aunque en ocasiones he ayudado al Deuxième Bureau a salir de algún apuro. *Monsieur* Nez tiene mucho que agradecerme. También he ayudado a pequeños países, especialmente a uno que vino a solicitar mis servicios de un modo particular, mediando mi amigo Nataniel, hijo del presidente de la República de San Nataniel.

—Pero el grueso de su trabajo es a las órdenes de la CIA, ¿no es así?

—Sí, sí, desde luego.

—¿Cuál es su posición en la CIA, señorita Montfort?

—Muy sólida. Estoy considerada como la mejor espía femenina de todos los tiempos, incluida en el fichero supersecreto, con la anotación de «Lo Imposible». Uno de mis amigos allá, que tiempo atrás trabajó conmigo en Buenos Aires, me insinuó no hace mucho que quizá se me nombrase jefe del sector…

—¿Quién es ese amigo?

—Míster Cavanagh, por supuesto.

—¿Quién es su jefe aquí?

—El tío Charlie —sonrió Brigitte—. Gruñón como todos, pero en el fondo me quieren mucho.

—Dígame la identificación clave de usted, aparte del apodo de Baby.

—Agente especial de acción N. Y. 7117.

—Bien… ¿Tiene ahora alguna misión que cumplir, estos días?

—Tengo que ir a esperar a un agente, que trae las listas del personal en Europa.

—¿Cómo se llama ese agente?

—Stephen Shannon.

—¿Por dónde y cuándo llegará?

—Al muelle sesenta y seis, mañana, hacia las nueve de la noche.

—¿Y qué debe hacer usted?

—Esperarlo, cuidar que nada ocurra, y llevarlo a la floristería de tío Charlie.

—¿Dónde está exactamente esa floristería?

—En el mil cuarenta y cuatro de la Segunda Avenida, en Manhattan, Nueva York.

—¿Hay muchos hombres en ella?

—No, no… Solamente dos, de modo fijo. Los demás solo vamos a recibir instrucciones. Pero allá están solos tío Charlie y Simón.

—¿Quién es Simón?

—Un chico simpático, un espía.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Prefiero siempre ignorar nombres. Para mí, todos son Simón, y los quiero igual. Nada de nombres verdaderos, Doctor Scorpio.

—¿Conoce usted a muchos espías?

—Oh, sí… De todas las nacionalidades: italianos, rusos, ingleses, franceses, chinos, argentinos, mejicanos…

—¿Cuál es el mejor de todos ellos?

—Número Uno, indiscutiblemente. También son muy buenos Alexandria y Fantasma.

—Pero esos hombres tendrán un nombre personal y auténtico, y también una residencia…

—Sí, claro… El nombre de Número Uno lo ignoro, pero sé que vive en la isla de Malta, con el nombre de Angelo Tomasini.

Fantasma es inglés, y se llama en realidad John Pearson. Vive en Londres, pero casi nunca está allí. Alexandria es el barón Wilhem von Steinheil, que fue comandante durante la Segunda Guerra Mundial, y jefe del espionaje alemán en el norte de África. Vive en Berlín, pero tiene otras residencias, en las cuales pasa más tiempo que en Berlín: no le gustan los rusos.

—¿Le gustan a usted?

—¿Los rusos? Mire, Scorpio, a mí solo hay una clase de hombres que no me gustan: los que solo sirven para el mal.

—¿Qué hace con ellos?

—Los mato.

—¿Fríamente?

—Como sea. Lo mismo me da. El caso es eliminarlos de este estremecido mundo.

—¿Alguna vez le ha remordido la conciencia?

—¿Por matar? No. Nunca… porque siempre mato a quien merece morir.

—¿Me mataría a mí?

Brigitte Montfort pareció recibir un golpecito en la frente. Cerró los ojos, vaciló, se pasó la lengua por los labios…

—No —contestó al fin.

—¿Por qué no?

—No lo sé… Pero no podría matarlo.

—Quiero que sepa que puedo ser el causante de la muerte de dos docenas de agentes de la CIA. Quizá mueran. ¿Y ahora? ¿Me mataría a mí?

Brigitte volvió a cerrar los ojos, y unas gotitas de sudor aparecieron en su frente.

—No —murmuró roncamente—. No le mataría, Scorpio. No sé por qué, pero sí sé que no podría hacerlo jamás.

—¿Mataría a un traidor a la CIA?

—¡Sí!

—¿Aunque yo le ordenase lo contrario?

—No… Entonces no, claro…

El Doctor Scorpio no preguntó nada más.

Estuvo unos segundos todavía con sus ojos fijos en los de Brigitte. De pronto, dio media vuelta y salió al pasillo, desde donde, por la mirilla, Gerald Newcombe había asistido a todo el proceso.

El agente de la CIA estaba sudoroso, muy nervioso.

—¿Y bien, Newcombe? —sonrió Scorpio.

—Sus métodos son… escalofriantes, Scorpio. Baby le ha dicho cosas que ni la CIA conoce. Le diré más: en la CIA están convencidos de que Número Uno ha muerto.

—Entonces… ¿lo he convencido?

—Debo admitir que sí.

—Pasemos adentro, y ordenaremos…

—¡No! ¡Yo, no, Scorpio! Sea como sea, prefiero que esa mujer no me vea jamás.

—Como quiera… No veo por qué tengo que forzarlo a esto, desde luego. Será mejor que se marche a su hotel… ¿Cuándo debe proseguir su viaje a Europa, de acuerdo al itinerario y misión que la CIA le ha trazado?

—Mañana a la noche, o pasado a primera hora. En avión.

—Magnífico. Usted llevará las copias de esas listas. En Roma, aeropuerto de Fiumicino, le estarán esperando los dos hombres que mandan mi grupo de cincuenta y seis, ya preparados para el rapto de esos veintiséis expertos y jefes de grupo de la CIA en Europa. Les entregará las listas, y seguirá con su trabajo, como si nada ocurriese. Podemos hacer más negocios parecidos más adelante, Newcombe.

—Desde luego. ¿Y mi parte?

—Le será entregada en Roma, cuando la CIA haya pagado. Si así le parece, puede ingresar el dinero en un banco suizo… En fin, esto es cuenta suya. ¿Alguna duda?

—No.

—Pues hasta la vista. Debo volver con la señorita Montfort… Tiene… —sonrió fríamente— tiene algo que hacer todavía, esta noche.

* * *

Simón salió a abrir la floristería en pijama, con un libro en una mano y una simpática pipa entre los dientes. Se quedó mirando atónito a la tardía visitante.

—Baby… ¿Qué ocurre?

—Rápido, Simón: vístase. ¿Y tío Charlie?

—Acaba de acostarse. Pero ¿qué pasa…?

—Vístase, de prisa. Yo despertaré a tío Charlie.

Simón no preguntó nada más. Si Baby decía que tenía que vestirse, él se vestiría inmediatamente. Y mientras lo hacía, Brigitte entró en el dormitorio de Charles Pitzer, que acababa de encender la luz de la lamparilla de noche, y se había sentado en la cama. Su mirada quedó atónitamente fija en la espía.

—Brigitte… ¿Qué pasa? ¡Cuando usted viene a estas horas…!

—Vístase, tío Charlie. Nos vamos de aquí.

—¿Adónde?

—¡Ya se lo explicaré! ¡Vamos, de prisa!

En menos de tres minutos, los dos hombres estuvieron vestidos, listos para salir. Simón apareció metiendo una imponente automática en la funda sobaquera…

—Nada de armas, Simón.

—¿Nada de…? ¡Pero…!

—Nada de armas. ¿Está claro?

—Bien… Si usted lo dice…

—¿Qué es lo que ocurre? —insistió Pitzer, con sus clásicos gruñidos.

—Tengo el coche afuera. Vamos. Simón cerrará la floristería.

Simón se reunió con ellos segundos después. Y apenas entró en el coche, Brigitte lo puso en marcha. En el asiento de atrás, los dos hombres se miraron.

—Bien —carraspeó Pitzer—. Espero de su angelical bondad que nos explique esto, Brigitte.

—Les daré una sola explicación: cállense los dos durante unos minutos, ¿quieren?

* * *

—¿Qué hay en esta mansión? —preguntó Pitzer.

—Ya lo verán. —Brigitte sacó una llave y abrió la gran puerta que daba al jardín, en la Quinta Avenida—. Entren. Ruego silencio.

Cruzaron el gran vestíbulo, llegaron a la cocina, Brigitte abrió la puerta y señaló los escalones.

—Abajo.

Los dos obedecieron sin vacilar. Brigitte se reunió con ellos en el

pasillo mal iluminado, y la miraron un tanto asombrados cuando la vieron dar unos golpecitos en la pared. Pero sonrieron secamente cuando un trozo de esta se apartó, como una puerta. ¿Qué había descubierto la inigualable e imprevisible Baby? ¿Qué nueva e inesperada hazaña había…?

Entraron los dos, a una seña de ella. Inmediatamente, se encendió la luz allí dentro… y Pitzer y Simón se encontraron frente a cuatro hombres armados de pistolas con silenciador, y otro que, sentado en una extraña silla, los miraba irónicamente.

Fue este quien dijo:

—Muchas gracias, señorita Montfort.

—Ha sido fácil, Doctor Scorpio. Ellos siempre han confiado ciegamente en mí.

Simón y Pitzer miraban de una a otro, sin querer comprender lo que era por demás evidente, clarísimo: Brigitte los había llevado a una trampa.

—No… —musitó Simón—. No es posible, no…

—Calla, Simón —gruñó Pitzer.

—Pero, señor, yo… yo no… ¡Esto debe de ser un sueño, una pesadilla! ¿Usted no se da cuenta de que Baby nos ha…?

—Calla. Son ellos los que tienen que hablar… Y ella. Sobre todo, ella, Simón. —Pitzer miró a Brigitte~—. ¿O no tiene nada que decir, nada que explicar, Brigitte?

—Ella, no —sonrió Scorpio—. Yo lo haré, si bien brevemente.

—¿Y usted quién demonios es? —preguntó agresivamente Simón.

—Doctor Scorpio.

—¿Y qué quiere? ¿Qué se propone?

—Quiere las listas de Europa, tío Charlie —rio Brigitte.

—¿Sí? —palideció Pitzer—. ¿Y cuál es la actitud de usted en este asunto, Brigitte?

—¿Mi actitud? Bueno, está bien clara, ¿no? Yo haré lo que el Doctor Scorpio ordene.

—¿Se ha vuelto loca? —casi gritó Pitzer.

—Cálmese, señor Pitzer —aconsejó amablemente Scorpio—. Nadie está loco aquí. Pero la señorita Montfort está… bajo mi control mental. Así será, durante tres o cuatro días. Y ustedes también van a estarlo —se levantó de la grotesca silla, y la señaló

—. ¿Quién quiere ser el primero, caballeros?

—Primero… ¿de qué?

—Primero en sentarse en Hipnos. Mire, señor Pitzer, ni usted ni la CIA van a ganar nada con negativas, con resistencias… Opino que su inteligencia debería hacerles ver la conveniencia de obedecer dócilmente. No me obliguen a emplear otros medios.

—¿De qué está hablando este loco, Brigitte? ¡Oh, vamos, acabemos ya esta estúpida broma!

—No es ninguna broma, señor Pitzer. Serán hipnotizados, y luego puestos en libertad, para servir a mi plan. Eso es todo. Mañana por la noche todo habrá terminado, cuando llegue el agente Stephen Shannon. No hay por qué violentarse. Y, por favor, no lo alarguemos mucho; son casi las dos de la madrugada, y mañana temprano tengo una importante reunión… Me gusta descansar bien. ¿El primero, por favor?

—No voy a sentarme ahí —masculló Pitzer—. ¡Y me gustará ver cómo lo consigue! Si cree que me asustan unas cuantas pistolas…

Scorpio hizo un gesto de fastidio y resignación al mismo tiempo. Abrió la vitrina de los escorpiones de aluminio, y cogió uno de los amarillos, ante los estupefactos Pitzer y Simón, que abrían y cerraban la boca como si quisieran decir algo; pero no parecían encontrar las palabras adecuadas.

—Salgamos —dijo Scorpio—. Ustedes dos se quedan aquí.

Dejó el escorpión amarillo en un brazo de Hipnos, y se dirigió hacia la puerta, que «Tres» había abierto ya.

—Brigitte —logró musitar Pitzer—, ¿qué es esto? ¿Quién es este loco? ¿Qué está tramando usted? Si es uno de esos trucos tontos, como el del alfiler…

Pero Brigitte Montfort y todos los demás habían salido ya al pasillo. La puerta fue cerrada por «Tres», y Scorpio sacó un pequeño aparato metálico que parecía una radio de bolsillo a simple vista, pero con demasiados botoncitos, de diferentes colores: amarillos, azules, blancos, verdes, rojos, negros…

—¿Es el emisor de ondas ultracortas? —preguntó Brigitte.

—Así es.

—Curioso artefacto ¿Me dejará examinarlo luego, Doctor?

—No. Tanto si se queda aquí, como si prefiere regresar a su apartamento hasta que yo llame, usted no deberá tocar nada,

señorita Montfort. Absolutamente nada de lo que vea. ¿Está claro?

—Desde luego. No tocaré nada. ¿Cuándo me llamará?

—Cuando lo considere oportuno. Mientras tanto, será mejor que no comente nada de esto, ni siquiera mi nombre, con nadie. Es una orden.

—Sí, Doctor. Pero… ¿no podría quedarme aquí, en su casa?

—¿Por qué?

—No sé… Me gusta. ¿Qué hay de malo en ello? Scorpio encogió los hombros.

—Haga lo que guste.

Apretó el botoncito amarillo. Luego, esperaron todos un par de minutos. «Tres» volvió a abrir la puerta entonces, y cuando Brigitte y Scorpio quedaron en el umbral, vieron a Simón y a Charles Pitzer tendidos en el suelo.

—Procedamos —sonrió Scorpio—. Luego, serán devueltos a la floristería, como si nada hubiera ocurrido. Ellos recibirán clarísimas instrucciones respecto a lo que deberán hacer cuando llegue el momento, y… obedecerán. Igual que usted, señorita Montfort… ¿Quiere presenciar la hipnosis?

—Oh, sí —rio la espía—. Me gustará ver cómo convierte en robots a esos dos tontos, Doctor Scorpio.

—Tres —sonrió Scorpio—. Son tres los robots de que dispondré para este trabajo, señorita Montfort. Tres. No lo olvide. ¿O quizá no está de acuerdo con algo, discrepa en algo conmigo?

—¿Discrepar con usted, Doctor? —pareció escandalizarse Baby—. ¡No, señor! Si usted dice que dispondrá de tres robots, es que así será. Siempre a sus órdenes, Doctor Scorpio.

Capítulo V

A la mañana siguiente, el Doctor Scorpio irrumpió en el dormitorio que Brigitte había elegido en el palacete. Lo hizo con su habitual corrección, elegante, sereno, magníficamente peinado y afeitado, con un severo y aristocrático batín de seda natural, oliendo a loción seria y varonil… pero siempre con aquel inconfundible aspecto de Conde Drácula, tan pálido, tan perfecto, tan frío.

Quedó junto al lecho que ocupaba la espía, mirándola fijamente.

—¿Qué ocurre, señorita Montfort? «Uno» me dice que usted se siente indispuesta, que no tiene apetito… ¿Cuál es su dolencia?

La espía miró lánguidamente al hipnotizador. A un lado, sobre el carrito del desayuno, se veía este apetitoso condumio, que «Uno» había preparado especialmente para Brigitte, quizás agradecido a su buen apetito de la noche anterior.

—No sé…

—¿No le gusta el desayuno preparado por «Uno», quizá?

—Sí… Sí, señor… Huele muy bien —miró mortecinamente a «Uno»—. Él es un buen… chico, y sabe… preparar apetitosas comidas… Es que… no estoy bien…

—¿Qué le ocurre exactamente?

—Me siento… como muerta… Es como… un gran vacío en la cabeza, como… como si ya no tuviese nada dentro, y todo… todo estuviese… desapareciendo…

—¿Solamente eso?

—Precisamente eso…

—Bien… Creo que la culpa es mía. Quizás estimé demasiada potencia en su cerebro, y no había para tanto. Exceso de voltaje, señorita Montfort. Lo arreglaremos enseguida, so pena de que, en efecto, muera usted antes de hora.

—¿Y… y mis compañeros de… de la CIA?

—Ellos recibieron la descarga adecuada. Están en perfectas

condiciones… físicas. Veamos qué puedo hacer por usted.

—Creo… que voy a… a morir…

—De ninguna manera. Procure animarse un poco. Mire fijamente mis ojos, y todo volverá a la normalidad… Debo reducir por hipnosis directa el exceso de voltaje de anoche. No piense en nada, fije su mirada en mis ojos… Así… Tranquila… Relájese completamente… Todo está bien, todo va bien. Ahora, guardemos silencio. Irá recibiendo potencia mental directamente de mí mismo, y se sentirá mejor. Silencio… Silencio… Si… len… cio…

Durante cinco minutos, los negros ojos del Doctor Scorpio estuvieron fijos en los azules de Brigitte, cuya opaca expresión fue recobrando su normal vivacidad, el brillo habitual. Transcurridos los cinco minutos, Scorpio, sudando, se incorporó de la cama, secándose el sudor con otro impoluto pañuelo, que tendió a «Uno».

—¿Se siente mejor ahora?

—Sí… Mucho mejor… ¿Qué me ha ocurrido, exactamente?

—Nada importante —sonrió Scorpio—. Le deseo un feliz desayuno…

—¡¿Se va usted?! —gritó Brigitte.

—Sí… Tengo una reunión importante fuera de casa. Pero su…

—¡No se vaya! —gimió ella—. ¡Se lo suplico, Doctor, no se vaya de mi lado!

—Oh, vamos, señorita Montfort…

—¡Me moriré! ¡Me moriré si se aleja de mí! Y si no muero… ¡me mataré! No… se… vaya, «Doct»…

Quedó como en trance. Scorpio, impresionado a su pesar, se inclinó sobre ella, y le alzó un párpado. Casi lanzó una exclamación al ver la vacía expresión de aquel hermoso ojo azul que parecía el de un cadáver, o el de una momia, muy reciente. Era como contemplar un ojo de cristal, muerto, yerto, inexpresivo.

—Cordial, «Uno». Temo que exageré demasiado el voltaje… Ni yo mismo puedo ahora retener esta serie continua de parálisis cerebrales… ¡Trae pronto el cordial! ¡Hay que activar el riego sanguíneo en todo el cuerpo, en el corazón principalmente!

«Uno» salió corriendo del dormitorio, y regresó en menos de un minuto, llevando su maletín. Scorpio sacó una jeringuilla, que limpió someramente con un algodón empapado en alcohol. Pinchó la cápsula de una ampolla, aspiró el líquido y clavó la aguja en un

brazo de Brigitte. Luego, muy lentamente, inyectó el líquido, directamente a la vena.

—No puede morirse ahora —masculló—. ¡Todo se vendría abajo si esta mujer muriese ahora…!

Pero Brigitte Montfort no murió. Fue recuperando el color, casi rápidamente. Y tres minutos más tarde volvía a mirar a Scorpio con expresión viva, inteligente, plena de vitalidad.

—Está… usted aquí, conmigo… Scorpio consultó su reloj.

—Debo partir, señorita Montfort. Se quedará con…

—¡Lléveme con usted! ¡Lléveme, se lo suplico, no me deje morir, no me abandone, no…!

El hipnotizador frunció el ceño. Tomó el pulso de la espía, volvió a examinar atentamente el fondo de la pupila, y suspiró como desalentado.

* * *

—«Uno», iremos ella y yo en el coche. Saldremos dentro de diez minutos.

El coche se detuvo cerca del muelle, y «Tres» bajó a toda prisa, para abrir la portezuela. Scorpio y Brigitte se apearon, ella asida casi temblorosamente del brazo de él.

—Espéranos aquí, «Tres».

Se alejaron hacia donde se veía un yate blanco y azul, de hermosa línea, que llevaba el nombre en la proa, en grandes letras negras: *SCORPIO*. Recorrieron la blanca pasarela, hasta llegar junto a un hombre vestido con jersey de hilo negro, pantalones oscuros y zapatos-mocasín, que se parecía increíblemente a «Uno», «Dos», «Tres» y «Cuatro».

—¿Están todos, «Siete»?

El hombre asintió con la cabeza, y mientras Scorpio y Brigitte se dirigían hacia la entrada a las cabinas, recogió la pasarela. Otro hombre, parecidísimo a él, puso en marcha el yate, y tomó la rueda del timón. En la popa, otro hombre casi idéntico miraba hacia el muelle, hoscamente.

Para cuando Brigitte y Scorpio llegaron abajo, el yate estaba ya despegándose del muelle.

Se hallaron en un espacioso *living-yacht*, con un gran ventanal

corrido que daba a la cubierta, y que permitía la entrada de la luz solar. Aparte de algunos pequeños sillones, cuadros, banderines, mueble-bar, utensilios de pesca, revistas y pequeñas cosas más, había una gran mesa redonda en el centro. Sentados a esa mesa, una docena de hombres, que se pusieron simultáneamente en pie cuando apareció el Doctor Scorpio.

—Buenos días, caballeros.

—Buenos días, Doctor —murmuraron todos a la vez.

Scorpio señaló a Brigitte el sofá, y cuando ella se hubo sentado, lo hizo él, en el único asiento vacío ante la mesa redonda. Inmediatamente, se sentaron los demás, en el más completo silencio.

Scorpio señaló a Brigitte.

—Brigitte Montfort, agente de la CIA apodada Baby, y que es el principal robot de nuestra operación. Exceso de voltaje, de tal modo que moriría si no estuviese yo cerca de ella para ir… regenerando su cerebro. Por el momento, no debe morir. Bien… Veamos en primer lugar el asunto de Méjico, Pacheco.

—Una buena inversión —se levantó precipitadamente el mejicano—. El conjunto de ingresos ha superado los seis millones de pesos. Todo salió tal como usted había previsto.

—Seis millones de pesos… No es demasiado, pero el asunto carecía de auténtica envergadura. Buen trabajo, Pacheco.

—Gracias, Doctor.

—Asunto de petróleos fraudulentos en Texas. ¿Cómo fue, Balls?

—Perfecto. Superamos los dos millones de dólares… Pero hubo dos bajas, Doctor.

—¿Pudieron hablar?

—Nos aseguramos de que no lo harían —sonrió secamente Balls.

—Magnífico. Otro buen trabajo. Espero, señores, que se vayan ustedes dando cuenta de que el Doctor Scorpio merece dirigir en todo momento la organización que creó. Precisamente, con el asunto de las listas de agentes de la CIA en Europa… ¿Algo no va bien, Straight?

Uno de los presentes se puso en pie, un tanto desganadamente.

—Yo creo que no, Doctor.

—Bien… Siempre estoy dispuesto a escuchar opiniones… que sean mejores que las mías. ¿Qué es ello?

—El asunto CIA. Hasta ahora, hemos hecho pequeños trabajos en ese sentido. Pequeñas cosas a las que la CIA ha hecho el mismo caso que a una mosca insignificante. Y quizá por eso hemos salido bien librados. Yo opino que meterse en serio con la CIA resultará… catastrófico, a la larga.

—¿Catastrófico? —musitó Scorpio.

—La CIA es demasiado para nosotros. No debemos incomodarla… excesivamente. Un león no hace caso a una mosca, pero sí a un chacal que se atreva a molestarlo.

Se oyeron murmullos de aprobación a las palabras de Straight. Scorpio alzó una mano, y el silencio se hizo de nuevo.

—Asesinatos por encargo… ¿Pierre Louis?

—Diecisiete en el último mes, Doctor. El total recaudado…

—Un momento —cortó fríamente Scorpio—. Parece que Straight tiene de nuevo algo que decir… ¿Cierto, Straight?

—Así es. —Straight se puso de nuevo en pie—. Creo que nos estamos… prodigando demasiado en los asesinatos por encargo, Doctor. Sé, por ejemplo, que Pierre Louis aceptó, en Pasadena, un encargo por cinco mil dólares solamente.

—¿Y…?

—Eso es ridículo para nosotros. Al final, nos convertiríamos en vulgares «killers» a la usanza «gangster». Nuestro mínimo ha de ser el originariamente establecido: veinticinco mil dólares por «cliente»… Y bien seleccionados.

De nuevo se oyó un murmullo de aprobación. Y otra vez tuvo que alzar Scorpio una mano, para imponer silencio.

—¿Cuál fue el total recaudado, Pierre Louis? —inquirió.

—Trescientos ochenta y cinco mil dólares.

—Eso, en un mes. Bien… No es demasiado, lo admito, pero hay que aceptar los momentos de crisis. No siempre hay gente que quiera ver muerto al vecino, al familiar, al rival político o económico, etcétera, etcétera, etcétera… Drogas. ¿Olavson?

Un tipo alto, rubio, cuya nórdica procedencia europea era por demás evidente, se puso en pie.

—Beneficio neto en el último mes: seis millones de dólares.

Se oyó un murmullo de aprobación. La maligna mirada de Scorpio se dirigió a Straight, que dijo:

—Lo de las drogas siempre ha dado buenos beneficios. Por mí,

está bien.

—Magnífico. Si Straight lo aprueba, quiere decir que estamos indudablemente en el buen camino… ¿No es cierto, señores?

Se oyeron algunas risas, un tanto nerviosas, aduladoras. Los negros ojos de Scorpio cayeron sobre otro de los presentes, y una vez más pidió cuentas. Y así, uno tras otro, fueron sacando sus apuntes, notificando los beneficios del mes, exponiendo sus puntos de vista… En realidad, solamente Straight manifestó disconformidad en algunos aspectos del «negocio». Según él, en la mayoría de las actividades podían obtenerse mayores beneficios, con una pequeña modificación en el sistema general.

—¿Qué modificación, Straight? —preguntó cortésmente Scorpio. Straigh dirigió una mirada a las piernas de Brigitte, que parecía una inerte muñequita decorativa. Silenciosa, triste, apagada, mortecina la expresión de sus ojos…

—Creo que, en algunas ocasiones —musitó Straight— padecemos de exceso de confianza. Deberíamos ejercer un mayor control en todos los aspectos de la organización.

—¿En qué sentido? —preguntó Scorpio.

—Bueno… Hasta ahora, nos ha ido muy bien con nuestros pequeños números. El promedio de ingresos netos mensuales sobrepasa siempre los doce millones de dólares, de modo que cada uno de nosotros percibe alrededor de setecientos cincuenta mil, usted el resto…

—¿No considera justo el reparto, Straight? —murmuró Scorpio.

—Sí. Y quiero conservarlo. Por eso, insisto en que debemos esquivar cuestiones de tal envergadura como enfrentarnos a la CIA. ¿Para qué? Es un riesgo demasiado grande para obtener dos o tres millones de dólares más al año. Sigamos dominando nuestro terreno, no nos busquemos tan colosal enemigo. Es absurdo.

Otra vez se oyeron murmullos de aprobación a las palabras de Straight. Y otra vez alzó Scorpio una mano.

—Este asunto de la CIA —explicó— puede proporcionarnos una docena de millones en un solo golpe de unos pocos días. Ustedes tienen sus puntos de vista, y los comprendo. Pero si estamos aquí para ganar dinero de un modo… delictivo, no tenemos por qué respetar ni temer a nadie. Hace más de dos años que los dirijo a ustedes, y cada uno ha ganado, en ese tiempo, no menos de diez

millones de dólares, sin hacer prácticamente nada. Solo obedecer. Yo soy el cerebro, ustedes son… auxiliares materiales. Los que no estén conformes solo tienen que levantar un brazo y marcharse.

Ningún brazo se alzó.

—¿Straight? —pareció maullar el Doctor Scorpio.

—Entiéndalo, Doctor, yo no me rebelo, ni me opongo a nada… Pero lo que es peligroso, es peligroso.

—Es cierto… Muy cierto, Straight… ¡No desvíe la mirada!

—Yo no…

—¡Fija en mí!

Straight quedó envarado, sin poder apartar su mirada de la de Scorpio. Poco a poco, Straight se fue relajando, como fatigado, cansado, derrotado. Unas finas gotitas de sudor aparecieron en su frente, y todo su rostro fue perdiendo lentamente el color, hasta mostrar una palidez casi cadavérica.

—Efectivamente, Straight —musitó Scorpio—: lo que es peligroso, es peligroso. Muy cierto. Y voy a decirle algo que es mucho más peligroso que la CIA misma: discutir mis procedimientos, mis órdenes, mis planes. No es buen general el que solo quiere apresar enemigos por centenares. A veces, en pequeños grupos, también se desequilibra la potencia del enemigo. Hay que aceptarlo todo. Tanto lo poco como lo mucho, tanto las ventajas como los riesgos. Usted sabía muy bien esto cuando aceptó trabajar conmigo.

—Yo… yo…

—Usted, Straight, está hipnotizado ahora. Todo lo que podrá hacer, a partir de este momento, será obedecer ciegamente mis órdenes. ¿Está claro?

—Sí… Sí, desde luego…

—Quiero que sepa que lamento tener que hacer esto. Pero no admitiré jamás discusiones a mis decisiones. No quiero descontentos, ni gente que pretenda ser más inteligente que yo. ¿Entendido?

—Sí, señor… Sí… Sí…

—Lamentándolo, Straight, voy a tener que demostrar mi poca paciencia en ese sentido. Usted servirá como… ejemplo para posibles reacciones de los demás. A todo el que ose discutirme en la más pequeña cosa, le ocurrirá lo mismo. Señores, no olviden lo que

van a ver.

Puso su portafolios sobre la mesa, sacó de él una cajita, y mostró dentro de ella un escorpión negro, de aluminio. Instintivamente, todos se echaron hacia atrás en sus asientos.

—Es un escorpión negro, de la serie especial «Scorpios». Es para usted, Straight. Se lo regalo. Cójalo.

Como un iluminado, Straight adelantó la mano hacia la cajita, que Scorpio hizo resbalar hacia él, por la fina mesa. Metió la mano en la caja y sacó el escorpión negro.

—¿Qué… qué hago con él? —murmuró roncamente.

—Ya sé que algo en su mente le ordena tirarlo —sonrió siniestramente Scorpio—. Pero no lo hará. No… No podrá hacerlo, porque yo le ordeno que lo guarde en un bolsillo de la chaqueta. Hágalo, Straight.

Este guardó el escorpión, lentamente, en un bolsillo de la chaqueta, y se quedó inmóvil, petrificado, mirando fijamente a Scorpio a pesar de que este ya no le miraba a él. Lo que estaba mirando Scorpio era el pequeño emisor de ondas ultracortas.

—Lamento hacerlo, pero quiero que todos aprendan esta lección. Straight no va a sufrir mucho, porque el veneno que contiene el aguijón de ese escorpión es fulminante. Un pinchazo, y… eso será todo. Adiós, Straight.

Apretó el botón negro. Straight lanzó un alarido, se puso en pie, desorbitados los ojos, y, de pronto, cayó como aplastado en la silla, sin cerrar los ojos, que quedaron casi fuera de las órbitas, fijos en el techo, estremecedores, plenos de angustia.

Scorpio paseó su hipnótica mirada por todos los presentes, que estaban blancos como la nieve, petrificados de terror.

—Habrá que buscar un sustituto a Straight. Usted se encargará de eso, Mc Pherson.

—Sí… Sí, señor…

—La dirección total del asunto CIA está en mis manos, de modo que los demás pueden regresar a sus residencias. Sigan trabajando normalmente. Si los necesitamos antes de hora, los llamaría. Si todo va normal, recibirán la llamada mensual por la radio. Esta vez, la contraseña en el éter será: «El escorpión mata a las arañas». Recibida esta contraseña, tanto si es dentro de un mes como dentro de un día, todos ustedes volverán al yate. La conferencia ha

terminado, señores.

Se puso en pie, y los demás le imitaron rápidamente, temblorosas las piernas, todavía lívidos de espanto.

Scorpio miró al hombre que esperaba en la salida hacia cubierta.

—Dile a «Cinco» que vaya al puerto, «Siete». Desembarcaremos a los asociados. Luego, iremos mar adentro, para tirar al agua al señor Straight.

Dadas sus últimas órdenes, sin hacer el menor caso a los espantados hombres que subían a la cubierta, Scorpio se sentó junto a Brigitte, en el sofá corrido a todo lo largo del ventanal rebosante de luz solar.

—¿Todo bien, señorita Montfort?

—Sí… Sí, gracias… Tengo la impresión de que… de que… mientras usted esté cerca, todo… todo irá bien para mí…

—Sin duda. —Scorpio le cogió una mano y la palmeó amistosamente—. Sin duda, sin duda… Jamás me perdonaría que esta noche no estuviese en condiciones de trabajar. De modo que, hasta que llegue el *Stenopoulos*, estaremos juntos. ¿De acuerdo?

—Claro… No quisiera que me regalase… ningún escorpión… de color negro, Doctor Scorpio.

Capítulo VI

El *Stenopoulos* llegó al muelle 66 casi a la hora prevista. Veinticinco minutos después de las nueve, el carguero griego, de veinticinco mil toneladas, estaba listo para ser fuertemente amarrado a los noráis, tras ser lanzadas las dos grandes anclas de proa y popa.

Hasta el muelle llegaban luces azules y rojas, desde Manhattan, desde New Jersey, desde los barcos de todas clases que se deslizaban por uno de los más sucios ríos del mundo: el East River. Se oían sirenas, motores, gritos… El calor parecía ser el causante de aquellas espaciadas oleadas de niebla húmeda que brotaban del río.

Algunos hombres descendían por la pasarela del *Stenopoulos*, alegremente, a toda prisa. Al parecer, la carga no sería llevada a tierra hasta el día siguiente, y la prisa por divertirse era mucha. Pero uno de aquellos hombres no tenía ninguna prisa, evidentemente. Descendió despacio, con un pequeño saco de marino sobre la espalda, sujeto con la mano izquierda por una cuerda de espeso algodón. Llevaba unos gruesos zapatones viejos, jersey a rayas, no precisamente limpio, y una gorra azul marino, con visera.

Y se detuvo en seco cuando, ya en tierra firme, la mujer apareció ante él, como brotando del suelo.

—Hola, señor Shannon.

—¡Hola, preciosa! —respondió él jovialmente—. ¿Me conoces de algo, de algún viaje anterior, de…?

—Solo he pensado que quizá necesitaría usted ayuda.

—Oh… Bien, jamás he necesitado ayuda, pero de una bella dama tendré que aceptarla. —Sus ojos chispearon divertidos—. ¿Es correcta la respuesta?

—Muy correcta.

—Vaya, demonios… ¡Tenía grandes deseos de conocerla

personalmente, Baby! Todo es hablar de usted, lo mismo en Europa, que en África, Asia… Incluso cuando vengo a la nueva América tengo que escuchar su nombre… ¿Todo va bien?

—Espero que sí. ¿Trae las listas?

—Naturalmente. Están dentro del saco.

—¿Folios mecanografiados, clave en algún viejo periódico…?

—Más vulgar que todo eso, nena —se lamentó Shannon—: un simple microfilme.

—Cualquier sistema es bueno. ¿Vamos?

—Estoy a sus órdenes.

Era él, sin duda. Stephen Shanon: cabellos rubios, ojos grises, mandíbula casi cuadrada, orejas un poco grandes… No era fácil que Baby fallase en una identificación. Probable siempre, pero no fácil.

—Tengo un coche esperando, Shannon. ¿Inconvenientes?

—Ninguno. Ardo en deseos de caminar, pero no importan unos minutos más de transporte… artificial. ¿Cómo van las cosas por Nueva York?

—Como siempre…, más o menos. ¿Y por Europa?

—Como siempre —rio Shannon.

—Bien.

Caminaban decididamente hacia un coche colocado a la sombra de uno de los *docks*. Shannon parecía un tipo seguro de sí mismo, desenvuelto, vivaz, dinámico.

—No es agradable viajar en un carguero en el cual se tiene que trabajar —comentó festivamente—. La próxima vez, me las ingeniaré para viajar en…

—Nos están vigilando.

—¿Cómo?

—No se vuelva. Siga caminando… ¿Sabía usted que en Europa fue localizado, Shannon?

—Emmm… Sí, pero ahora… no estamos en Europa.

—Debieron de verle abordar el *Stenopoulos*, y radiaron su descripción. Imagino que son hombres de la MVD. Lleva usted algo que les debe de parecer una auténtica golosina.

—Es cierto —sonrió duramente el espía—. Pero temo que se les va a indigestar la cena si vienen a por ella. ¿Qué tal va usted de armada?

—Suficiente. Sigamos hacia el coche… Son dos, por detrás… Y

otros dos que vienen lateralmente, por la izquierda.

—Sí… Me voy dando cuenta. ¿Cuáles quiere usted?

—Ninguno. No es momento de buscar pelea. Solo hay que escapar de aquí a toda prisa. Dentro de cinco segundos corra hacia el coche y póngalo en marcha. Las llaves están en su sitio.

—¿Y usted?

—Yo no llevo ningún microfilme —replicó secamente Brigitte.

—No voy a dejarla aquí…

—Cinco segundos. ¡Corra!

Stephen Shannon echó a correr hacia el coche, de pronto. Tras ellos se oyó una exclamación, ruido precipitado de pies… Pero justo entonces la agente Baby se volvía, lanzando un pequeño objeto brillante hacia los dos hombres. Una pequeña esfera de cristal, que cayó ante los pies del más adelantado de los dos hombres.

Y allí mismo brotó una llamarada de color naranja, vivísima, acompañada de un estampido ahogado, de un humo negro, acre, que ascendió rápidamente hacia el cielo…, quizá queriendo acompañar a los dos hombres en su mortal salto, impulsados por el potente explosivo que los alzó brutalmente, desgarrando sus ropas, lanzándolos lejos…

Plop… Plop… Plop…

Brigitte se había dejado caer en el suelo, y las tres balas disparadas silenciosamente por los otros dos hombres pasaron por encima de su cabeza. La pistolita de cachas de madreperla apareció en su mano, y replicó inmediatamente a los disparos, aún más silenciosos que los de sus enemigos… Uno de ellos se llevó una mano al hombro derecho, y saltó hacia atrás, gritando brevemente, mientras el otro se dejaba caer de bruces y volvía a disparar hacia la espía, que ya corría a toda velocidad hacia el coche puesto en marcha por Stephen Shannon.

Se oyó el chirriar de los neumáticos sobre el empedrado del muelle, y las luces del coche, tras iluminar un instante a Brigitte, cayeron sobre los dos desconocidos, uno de los cuales quedó cegado una fracción de segundo antes de oprimir nuevamente el gatillo, con lo que la bala salió alta, muy desviada.

Brigitte estaba ya cerca del coche, dispuesta a subir a él y desaparecer, pero, evidentemente, Shannon tenía un temperamento belicoso, agresivo, porque el auto pasó por su lado, a toda marcha

hacia el hombre que se estaba incorporando… Las luces lo cogieron de lleno, y el hombre lanzó un chillido cuando la mole de hierro se le vino encima, rugiendo, bañándolo de luz, cegándolo… Todo lo que pudo hacer fue saltar hacia un lado, esquivando el impacto directo. Tan solo recibió un golpe en una pierna, con el guardabarros delantero derecho, que lo tiró rodando, perdida la pistola y por completo el dominio de la situación…, si es que en algún momento la había dominado.

El coche se detuvo en seco a menos de una pulgada de la fachada del almacén portuario, hizo marcha atrás furiosamente, girando a todo volante, hasta encararse de nuevo a los dos hombres, uno herido en un hombro y el otro intentando ponerse en pie, medio arrastrando una pierna…

Se oyó un doble grito de espanto cuando el auto se proyectó otra vez hacia los dos hombres, que para esquivarlo tuvieron que tirarse nuevamente al suelo, rodando para salir de la trayectoria del vehículo, que tras fallar otra vez el golpe se detuvo, chirriando espantosamente, y otra vez hizo la marcha atrás…

La portezuela del otro lado de Shannon se abrió en plena maniobra de veloz retroceso, y Baby pareció lanzada contra el asiento, todavía pistola en mano.

—¡Vámonos! —gritó.

—¡Pero esos…!

La pistola quedó a dos pulgadas de la sien de Shannon.

—Le digo que nos vamos, Shannon. Los dos, o yo sola, lo que prefiera.

Shannon cambió a la primera y dio todo el gas. El coche salió disparado, con un formidable estrépito de neumáticos quemando las pastillas en el suelo. Por todos lados se oían ya silbatos policiales, y mucha gente acudía desde los bares, desde los barcos… Se oían gritos, silbatos, carreras de pies…

—¡Dirección Harlem! —gritó Brigitte—. Luego tomaremos la dirección verdadera.

—*Okay*, alma tierna.

Mientras tanto, tras ellos, un coche se había detenido cerca de los dos hombres heridos. Las portezuelas de atrás se abrieron velozmente, y dos hombres altos, atléticos, con jersey negro y zapatos tipo mocasín corrieron hacia ellos, a toda prisa. Los alzaron

como si su peso fuese nulo y corrieron hacia el auto negro. Los tiraron dentro, entrando después. En el acto, el coche escapó de allí a todo gas, con otro hombre idéntico al volante… y el Doctor Scorpio junto a él, mirando con burlona amabilidad a los dos enemigos de Baby.

—Señores —comentó—, no se puede decir que ustedes sepan trabajar con… eficacia. Cuatro a dos… y han perdido. «Tres», échale un vistazo al que está herido, por si precisa una atención especial. Más deprisa, «Dos». Pero sin rebasar la velocidad límite.

«Dos» asintió con la cabeza, mientras «Tres» examinaba la herida del hombro. Miró a Scorpio y movió negativamente la cabeza.

—Bien… En medio de todo, han tenido ustedes suerte… ¿Tiene los huesos enteros, amigo?

El que había sido alcanzado de refilón con el coche movió hoscamente la cabeza.

—¿Quién es usted?

—Mmm… Digamos que soy… míster Smith. Eso es: míster Smith. Pero no creo que tenga importancia el nombre de quien les ha salvado de caer en manos de la Policía, y de… la CIA posteriormente.

—Usted está loco. ¿Qué tenemos que ver con…? Scorpio sonrió despectivamente.

—Parece que no les interesa seguir libres y tampoco hablar de negocios… «Dos», para el coche en cualquier sitio. Nuestros invitados van a apearse.

—Espere —miró hacia atrás el herido—. ¿Qué es lo que quiere de nosotros? ¿Cómo sabe…?

—Sin explicaciones, ruso. Solamente un trato, con pocas palabras… ¿Saben quién era la mujer que les ha… desarticulado por completo la encerrona en el muelle?

—¿Quién?

—La agente Baby, de la CIA.

Los dos hombres se miraron. Uno de ellos musitó, volviendo la mirada hacia Scorpio:

—¿Ella? ¿Está seguro?

—Segurísimo. Se la vendo a ustedes: la agente Baby, y las listas de la CIA en Europa, por cinco millones de dólares. ¿Pueden conseguirlos esta misma noche?

—Usted está loco —masculló el herido—. ¡Cinco millones!

—Es un buen precio, por todo el lote. ¿Qué dicen?

—Pero… Bien, tenemos que… consultarlo.

—¡Consultarlo! —rio Scorpio—. ¡Les estoy ofreciendo en bandeja toda la CIA organizada en Europa… y dicen que tienen que consultarlo! ¡Ustedes son los locos!

—Suponga que… aceptamos.

—Sería lo más inteligente. Y si eso deciden, no tienen más que llamarme. —Sacó una radio de bolsillo y la tendió a los dos hombres—. La onda ya está definida. Solo tienen que accionarla, y estarán en contacto conmigo… si yo quiero, claro. De cuando en cuando la conectaré, pero la mayor parte del tiempo estará desconectada. Desistan de localizarme. En cuanto a las jugarretas a que tan aficionados son los espías, olvídenlas. Es un buen consejo. Si me llaman, que sea para jugar limpio.

—Le comunicaremos lo que decidamos…, míster Smith.

—Magnífico. ¿Dónde quieren que los deje?

* * *

Charles Pitzer alzó la cabeza, dejando de mirar por el visor del pequeño proyector.

—Muy bien, Shannon. Parece que es esto. Todo conforme.

—Me alegra quitarme de encima ese microfilme. Es dinamita.

—En efecto. Pero, por fortuna, ya está en lugar seguro. Un mensajero especial vendrá a recogerlo dentro de pocos minutos, y lo llevará a la Central, en vuelo directo y particular.

—¿Y en cuanto a mí…?

—Todo está previsto. Él —señaló a Simón— lo llevará a una calle donde le está esperando un coche vacío. Está a nombre de Peter Horace Shanby, y encontrará allá una nueva documentación, a este nombre. Cruce la frontera, busque un lugar tranquilo en Canadá, y dedíquese a la pesca y la caza. Dentro de quince días, preséntese en la Central, en Washington. Le deseamos un feliz reposo… señor Shanby.

Sonrieron los cuatro. Stephen Shannon tendió la mano a Pitzer y a Brigitte, mientras Simón caminaba hacia la puerta del pequeño cuarto de la floristería.

—Espero que nos volveremos a ver, Baby.

—Y yo espero que no. Pudo haberlo estropeado todo, Shannon.

—Oh, bueno… No me gusta que se metan conmigo.

—Un espía debe estar acostumbrado a esas cosas. Paciencia, es lo que debe tener, en todo momento.

—Sí, claro… Bueno, hasta la vista, ¿no?

—Hasta la vista, pendenciero.

Shannon salió del cuarto, riendo, precedido por Simón. Este regresó diez minutos más tarde, y se encontró a Pitzer dedicado a la tarea de obtener tres copias del microfilme, de acuerdo a las instrucciones de Scorpio.

—¿Le ayudo, señor? —preguntó.

—No. Llama al hombre que ha de llevar el microfilme a Washington. Cítalo para dentro de media hora. No antes. Ni después. Y que lo tenga todo preparado para partir inmediatamente hacia la Central.

—Sí, señor.

Simón volvió a salir del cuarto, y cuando se oía el girar del disco del teléfono que estaba utilizando, se oyó, en la tienda, el sonido del timbre.

—Debe de ser el Doctor… Iré a abrir.

—Bien.

Brigitte regresó poco después, en efecto con Scorpio, además de «Uno», «Dos» y «Tres». Y tras ellos entró Simón, que informó:

—Estará aquí dentro de veintinueve minutos justos.

—Muy bien, Simón.

—¿Todo marcha? —preguntó Scorpio.

—Sí, señor… Hemos enviado ya a Shannon a Canadá, con el nombre de Peter Horace Shanby. Estará allí quince días, de modo que no hay que temer. Dentro de vein… tiocho minutos vendrá otro agente, que es el encargado de llevar este microfilme a la Central, en Washington. Hecho esto, todo estará perfecto.

—¿Ha sospechado algo Stephen Shannon?

—¡Desde luego que no!

—Bien… Cuando venga el otro agente, entréguele la copia original, y que se vaya enseguida. Mis hombres y yo nos ocultaremos en el jardín cuando venga.

—Sí, señor… Lo que usted, diga.

* * *

El agente de la CIA se presentó a la hora en punto. Entró en la floristería, recogió el microfilme de manos de Pitzer, y lo metió en un doble fondo de la billetera.

—Bueno… No creo que haya contratiempos de aquí a la Central. Espero aterrizar allí mismo antes de una hora. ¿Algo más?

—No. Notifique a la Central que todo ha salido perfectamente. Hubo un… pequeño contratiempo en el muelle sesenta y seis, pero Baby y Shannon consiguieron arreglarlo. Enviaré informe escrito a la mayor brevedad, y me ocuparé de conseguir la identificación de los dos hombres que murieron en el muelle.

El agente secreto juntó el pulgar y el índice.

—*Okay*… Hasta la vista, amigos.

Tres minutos después de su marcha, Scorpio volvió a reunirse con Pitzer, Simón y Brigitte, en la cocina.

—Han trabajado muy bien —aprobó—. Lo cual era, justamente, lo que debían hacer. ¿De acuerdo, Pitzer?

—Sí, Doctor.

—¿Simón…?

—Desde luego, Doctor.

—¿Señorita Montfort?

—Yo siempre… siempre… Doctor, creo que… que vuelvo a… encontrarme débil, como… como vacía…

—En ese caso, volveremos a casa y nuevamente le daré energías.

—¿No piensa matarme?

—Todavía no… Puede usted valer cinco millones de dólares, querida señorita. En cuanto a ustedes —señaló con su aristocrático dedo primero a Pitzer y luego a Simón—, hagan su vida normal. Llamen a Washington, díganles que todo está perfecto, que las listas han salido ya hacia la Central…

—¿Y luego? —musitó Pitzer.

—Luego…, nada. Durante un par de días, ocúpense de sus flores, o de sus trabajos habituales con la CIA. Transcurridos esos dos días, les enviaré un regalo. Mientras tanto, silencio absoluto. —Sus negros ojos parecieron querer perforar los de Pitzer y Simón—. ¿Está todo entendido?

—Sí, Doctor.

—Caballeros, buenas noches. ¿Nos vamos, señorita Montfort? Por el camino ya le daré nuevas energías. No se puede entregar medio muerta una espía por la que están dispuestos a pagar cinco millones de dólares.

Capítulo VII

El coche se detuvo delante de la hermosa mansión de la Quinta Avenida, y «Dos» se apresuró a salir, para abrir la portezuela izquierda de atrás. El primero en salir fue Scorpio, que tendió la mano a Brigitte, la cual salió en perfectas condiciones, según parecía.

—¿Todo ha pasado? —sonrió Scorpio.

—Sí… Me siento bien, de veras.

—Estupendo. Creo que se ha ganado una copa de su champaña preferido… Con guinda, naturalmente. Curiosa costumbre la suya, señorita.

—Es… una extravagancia propia de la espía —sonrió ella.

Scorpio soltó una amable carcajada. Tomó a Brigitte de un brazo y entraron en el jardín de la quinta, cuya verja abrió «Tres», que había descendido por el otro lado del coche.

Poco después, Scorpio, Brigitte y «Uno», «Dos» y «Tres» entraban en la casa. «Cuatro» les salió al encuentro, y señaló hacia el despacho, por debajo de cuya puerta se veía una raya de luz.

—¿Me está esperando? —preguntó Scorpio.

«Cuatro» asintió con la cabeza. El Doctor Scorpio vaciló unos segundos, pero por fin indicó con la barbilla hacia allí.

—Venga, señorita Montfort. Yo creo que él está exagerando el peligro que representa ser visto. Y en sus condiciones, no me atrevo a dejarla sola… todavía.

«Cuatro» corrió hacia la doble puerta y la abrió, apartándose para que entraran los dos. Cuando lo hicieron, Gerald Newcombe se levantó de un sillón, volviéndose.

—Scorpio, tengo el pasaje pa…

Se calló bruscamente y palideció un poco. Sus ojos quedaron fijos en los de Brigitte, que parecían taladrarlo con más fuerza y frialdad de las que pudiera tener el propio Scorpio.

—¿Decía, Newcombe…? —frunció el ceño Scorpio.

—¡¿Por qué la ha traído a mi presencia?! —exclamó el traidor de la CIA—. ¡Ya le dije que no quería que ella me viera, Scorpio!

—Cálmese, Newcombe. La señorita Montfort no está en condiciones de molestarlo. Durante un rato, ha tenido sus asombrosas armas a su disposición, pero fue porque así convenía. Ella me dijo que era posible que algunos hombres de la MVD estuvieran esperando a Stephen Shannon, y me pidió autorización para utilizar sus… recursos. La autoricé, ha cumplido muy bien, y ahora está nuevamente desarmada.

—¡El trato fue…!

—No se preocupe tanto. La señorita Montfort, su temida Baby, es ahora como un pajarillo inocente e indefenso. —La llevó hasta un sofá, la sentó, y él ocupó otro, encendiendo un cigarrillo—. ¿Y bien, Newcombe?

—He… obtenido ya el pasaje para Roma… Salgo a la una y media de esta noche.

—Ah… Formidable, formidable… Por mi parte, también he cumplido. —Sacó un sobre de un bolsillo interior—. Naturalmente, he conseguido esas listas. El microfilme original está camino de Washington. Lo cual quiere decir que allá no sospecharán nada, y que por tanto no podrán avisar a los hombres de Europa para que se… esfumen. Así pues, Newcombe, usted llevará una de estas tres copias a Roma, y la entregará a los dos hombres que le estarán esperando en Fiumicino, quienes, inmediatamente, darán orden de proceder al… rapto de esos veintiséis expertos de la CIA que tienen bajo su mando a quinientos agentes distribuidos en toda Europa. He aquí su copia.

Newcombe se adelantó, tomó las ampliaciones fotográficas, y les echó un vistazo. Las dobló cuidadosamente y las guardó. Luego, se quedó mirando a Brigitte.

—¿Y ella?

—Bueno… Ella representa en estos momentos parte de un lote que pienso vender, Newcombe.

—Quedamos en que sería eliminada, cuando todo hubiese terminado… ¡Quedamos en eso!

—Tengo planes mejores.

—¿Qué clase de planes?

—De tipo personal, Newcombe. Entienda que toda la explicación que le debo a usted, es pagarle. Eso será cumplido a su debido tiempo, en Roma, una vez yo haya cobrado de la CIA. Por lo demás, no le debo ninguna explicación.

Gerald Newcombe se pasó la lengua por los labios.

—Scorpio…, se lo prevengo. No prolongue la vida de ella. Es una víbora que…

—Curioso combate —sonrió Scorpio—: una víbora contra un escorpión… ¿Quién ganará?

—Está usted rebasando su buena suerte, Doctor Scorpio… Y la mía. Ya ha sido difícil combinármelo todo para poder intervenir directamente en esto, y no veo la necesidad de tirar tanto de la cuerda…, que podría romperse de un momento a otro.

—Newcombe, usted tiene su pasaje, su coartada en la CIA, y las listas de sus compañeros de Europa. Todo lo que tiene que hacer es marcharse, para entregarla a mis hombres. Buen viaje.

Newcombe vaciló todavía.

—Me marcharía más tranquilo si ella estuviera muerta… No me gusta dejarla atrás sabiendo que ella me conoce, y que sabe lo que estoy haciendo. Es demasiado riesgo.

—La señorita Montfort vivirá solamente el tiempo justo que yo necesito para cobrar cierta… recompensa personal por mi inteligencia. Unas pocas horas más, tan solo.

—Bien… Supongo que no voy a poder convencerlo. Tenga mucho cuidado con ella, y no…

Gerald Newcombe se había acercado a Scorpio, tendiendo la mano en su despedida. Y, de pronto, dejó de hablar, para lanzar un grito de sobresalto y retroceder, llevando la mano a su sobaco izquierdo.

Pero antes de que consiguiese tocar la pistola, Baby estaba ya sobre él. Sobre él, exactamente, colocándose a su espalda y pasando el bracito derecho por la garganta del traidor. Apretó en seco, tan fuertemente que las piernas de Newcombe parecieron a punto de doblarse, debilitadas por la brusca pérdida de aire en todo su cuerpo, debido a la brusca presa de estrangulación.

Y en un instante, Newcombe comprendió que la pistola no iba a servirle de nada en aquellas circunstancias. Perfectamente conocedor de lo que podía significar un nuevo apretón del brazo de

aquella experta en muertes, ni siquiera esperó la ayuda que se disponían a prestarle «Uno», «Dos» y Scorpio. Lanzó su brazo derecho hacia atrás, y se oyó el seco impacto en el vientre de la espía, que aflojó un instante la presión. Instante que el traidor aprovechó inmediatamente, quitándose aquel brazo del cuello.

Mas la espía estaba decidida a matar, según parecía. Su mano izquierda quedó como clavada en el hombro de Newcombe, que tuvo que girar. Lo hizo con fuerza, para desprenderse de Brigitte… Y lo consiguió. Solo que tuvo la mala fortuna de quedar de cara a la enfurecida Baby, que lanzó sus dos manos hacia su rostro, convertidas en garras.

Gerald Newcombe lanzó un alarido cuando las finas uñas femeninas se clavaron en su rostro y tiraron hacia abajo, casi arrancando el párpado inferior izquierdo y dejando ocho surcos sangrientos en todo el rostro.

«Dos» fue el primero en llegar junto a Brigitte, tendidas ya las manos para sujetarla… y recibió un hachazo en plena garganta que estuvo a punto de matarlo, que lo derribó de espaldas desvanecido, palidísimo.

Newcombe quiso aprovechar aquel respiro para sacar su pistola, pero de nuevo la espía se dedicaba enteramente a él. Un soberbio golpe de jiu-jitsu bajo una oreja, pareció a punto de partirle la cabeza, tirándolo, girando, sobre un sillón, de espaldas. Rebotó, insistió de nuevo en sacar la pistola, y recibió un escalofriante punterazo en pleno vientre, que lo dejó paralizado, lívido como un muerto. De allí, Gerald Newcombe empezó a resbalar lentamente hacia el suelo, y allá habrían acabado sus días, a manos de la agente Baby, si esta no hubiera descuidado la atención que merecían Scorpio y «Uno», que la sujetaron cada uno de un brazo, fuertemente.

Lanzó un codazo hacia «Uno», pero este empezaba ya a conocer las posibilidades sorprendentes de aquella mujer, y se apartó, sin dejar de sujetar el brazo, con toda su fuerza, igual que hacía Scorpio. Y todavía imposibilitada de mover los brazos, Baby lanzó otro punterazo hacia el rostro de Newcombe, alcanzándole de lleno en la boca, partiéndole los labios, dejándole el rostro salpicado die sangre…

—Quieta… ¡Quieta! —ordenó Scorpio—. Señorita Montfort, le

estoy dando una orden… ¡No me obligue a matarla!

Tan inesperadamente como había entrado en acción, la agente Baby se inmovilizó. Quedó relajada, de pronto, fijos sus brillantes ojos azules en el semidesvanecido Newcombe.

—Lo mataré… —jadeó—. ¡Lo mataré! ¡Traidor! ¡Cerdo!

—Ya está bien… Cálmese. No me obligue a sentarla de nuevo en Hipnos, señorita Montfort.

Esto pareció caer como un jarro de agua fría sobre la excitada profesional del espionaje. Quedó inmóvil del todo, como si ni siquiera estuviese respirando.

En la puerta habían aparecido «Tres» y «Cuatro», y a una seña de Scorpio, «Cuatro» le sustituyó en sujetar a Brigitte, y «Tres» fue a atender al desvanecido «Dos», mientras Scorpio se dedicaba a Newcombe, ayudándole a sentarse en el sillón.

Casi desvanecido, Newcombe escupió la sangre que desde los labios entraba en su boca, y tartamudeó:

—Se… se lo dije, Scorpio… ¡Mátela!

El ceño de Scorpio estaba fruncido en claro gesto de irritación.

—Estoy sopesando esa posibilidad, Newcombe.

—Ya… ya lo ha visto… ¡Ni siquiera usted consigue dominarla! ¡Se lo advertí!

—Ella está perfectamente dominada. Es solamente que su presencia la irrita demasiado. Usted representa lo más antagónico a sus pensamientos, Newcombe. Conozco el proceso. He podido dominar perfectamente hasta ahora a la señorita Montfort, pero se ha escapado a mi control en cuanto ha comprendido que usted estaba traicionando a la CIA, y que eso podía causar la muerte de algunos de sus compañeros. Usted, y lo que está haciendo, ha sido demasiado… El subconsciente de ella ha reaccionado, eso es todo. Según parece, la señorita Montfort puede resistirlo todo, menos la muerte de sus compañeros. Y usted representa esa muerte. Por tanto, y como yo no quiero complicaciones, se irá de aquí ahora mismo…

—¡Déjeme matarla!

—He dicho que no. Ella se está calmando. Márchese, Newcombe.

—¡No puedo salir así a la calle! ¿Qué… qué ha hecho en mi cara…? La noto ardiendo…

Scorpio miró las rojas estrías en ambas mejillas de Newcombe, los partidos labios, el párpado casi arrancado…

—Ayude a «Tres» a llevar a «Dos» al cuarto de baño, a ver si se recupera. Mientras tanto, «Tres» hará lo que pueda por su rostro. Luego, márchese.

—Está bien… ¡Pero lamentará no matarla ahora mismo!

Gerald Newcombe ayudó a «Tres» a llevar a «Dos» fuera del despacho, hacia el cuarto de baño de la planta baja. «Uno» y «Cuatro» seguían sujetando a Brigitte, que pareció calmarse aún más cuando el traidor dejó de estar al alcance de su vista.

Scorpio la miró, sonriendo secamente.

—¿La soltamos ya, señorita Montfort? ¿Podernos hacerlo?

Ella miró hacia la puerta, y luego a Scorpio. No contestó, lo cual hizo fruncir el ceño al Doctor.

—Parece que necesita usted un nuevo tratamiento… Y creo que será mejor asegurarme de que no buscará más discordias.

Se puso en pie, fue a la mesa de despacho y sacó un fino cordón de uno de los cajones, con el cual ató las manos de Brigitte a la espalda, mientras «Uno» y «Cuatro» continuaban sujetándola.

A una leve seña de Scorpio, la echaron en un sillón, y volvieron a la puerta.

Scorpio miraba con evidente curiosidad a la espía.

—Es usted mucho más peligrosa de lo que yo había creído, verdaderamente. Lo que vi en el muelle, esto de ahora… Comprendo muy bien que los rusos estén interesados en ponerle la mano encima a la agente Baby de la CIA. Usted debe de ser una especie de… azote huracanado para ellos. Espero…

Se oyó un zumbido bajo la chaqueta de Scorpio, que sonrió y sacó la pequeña radio que le ponía en comunicación directa con los dos hombres de la MVD.

—¿Sí?

—¿Es usted, míster Smith?

—En efecto. ¿Qué han decidido?

—Tenemos el dinero.

—¡Tan pronto…! —rio Scorpio—. ¿Se dan cuenta cómo cinco millones no es tanto, al fin y al cabo?

—¿Dónde y cuándo nos vemos?

—¿Les va bien inmediatamente?

—Eso esperábamos. Diga usted el lugar y la hora exacta. Vamos a jugar limpio, míster Smith.

—Así deberá ser, o todo iría mal… para ustedes. Nos encontraremos dentro de quince minutos, o sea, a las doce y veinte, en Central Park, en la parte norte de Reservoir Lake. Ustedes lleven el dinero, en billetes auténticos, y yo llevaré las listas de la CIA en Europa y a Baby. ¿Alguna aclaración?

—Dentro de quince minutos, en Central Park.

Scorpio cerró la radio, la guardó y quedó unos segundos pensativo. Muy lentamente, una siniestra sonrisa a lo Drácula fue apareciendo en su aristocrático rostro. Miró a Brigitte con clara ironía, pareció a punto de decir algo, pero, por fin, se puso en pie y salió del despacho.

Regresó apenas cinco minutos más tarde, llevando un escorpión negro, de metal, en la mano izquierda, y un rollo de esparadrapo en la derecha. Quedó delante de Brigitte, mirándola casi amablemente.

—Ha perjudicado mucha la belleza de Gerald Newcombe, señorita Montfort. Temo que todavía necesitará algunos minutos para dejarse el rostro medianamente presentable, con astringentes, esparadrapo, maquillaje… En fin, eso es cosa suya.

—Doctor… Doctor Scorpio, se lo suplico… Vuelvo a… a… a sentirme mal, débil…

—Ya no importa, señorita. Lo lamento, pero no pienso regenerarla otra vez. Todo está terminando. Venid. Y sujetadla bien.

«Uno» y «Cuatro» sujetaron a Brigitte fuertemente, siguiendo las instrucciones de Scorpio, que alzó la falda de la espía hasta la cintura. Por un instante, pareció a punto de hacer un comentario respecto a los preciosos pantaloncitos brevísimos, con una preciosa puntilla de encaje holandés en los bordes, pero, obviamente, prefirió dedicar toda su atención a sus proyectos.

Bajó un poco los pantaloncitos, dejando completamente al descubierto el vientre de Brigitte.

—Lamento esta actividad tan poco caballerosa, señorita Montfort, pero mis planes están por encima de pequeñas tonterías… Espero que ya los vaya comprendiendo.

—No… No comprendo nada… Me siento mal… Se lo suplico…

—Ya no la preciso con demasiadas energías. Al contrario. Todo está mejor así.

Scorpio acabó de sujetar al vientre de Brigitte el escorpión negro, con tiras de esparadrapo, asegurándose de que arrancarlo de allí no sería precisamente fácil. Luego, ordenó las ropas de la espía, y se incorporó.

—Ya le dije que quien ve mis escorpiones no vive para contarlo. En cuanto a los rusos… Bien, digamos que ellos no tendrán ni siquiera tiempo de verlo. Sería absurdo por mi parte dejarlos vivos.

Se dedicó ahora a sellar la boca de Brigitte con varias tiras de esparadrapo, horizontalmente primero y verticalmente después. Por último, examinó las ligaduras que sujetaban las manos de ella a la espalda.

—Perfecto —comentó. Se volvió hacia la puerta—. ¿Todavía está Newcombe reparando su rostro?

«Dos», que había aparecido en la puerta, todavía muy pálido, asintió con la cabeza.

Scorpio consultó su reloj y frunció el ceño.

—Ve a buscar a «Tres» —dijo—. Que Newcombe se las arregle solo, y que se marche. Ya sabe lo que tiene que hacer, no nos necesita para nada… y nosotros tenemos prisa. El coche, «Cuatro».

«Cuatro» asintió y salió del despacho. Poco después, aparecían en la puerta de este «Dos» y «Tres», y Scorpio señaló a Brigitte, y luego hacia la salida.

Y tan solo un minuto más tarde, los seis estaban acomodados en el gran Packard negro. «Cuatro», «Uno» y «Dos», delante. Scorpio, «Tres» y Brigitte, atrás.

—A Central Park, «Cuatro». Nos esperan los rusos.

Capítulo VIII

En efecto. Los rusos los estaban esperando. Vieron el coche, detenido bajo un gran plátano altísimo, cerca de la orilla del lago, con las luces apagadas completamente.

—Ve a ver si son ellos, «Tres». Y si lo son, que vengan con el dinero.

«Tres» se apeó y se dirigió hacia el coche colocado a la sombra del plátano. Las luces del alumbrado del parque llegaban allá mortecinamente. La noche tenía jirones de humedad estival, que proporcionaba un calor pegajoso, molesto. No se veía a nadie cerca de allí, quizá por la mala fama que durante la noche tiene Central Park…

Del otro coche se apearon dos hombres, que Scorpio reconoció enseguida. Uno llevaba el brazo colgando de un pañuelo anudado al cuello, y el otro cojeaba ligeramente. Este era el que llevaba un gran portafolios en la mano izquierda.

Scorpio miró a Brigitte, que parecía a punto de desvanecerse.

—Causó usted estragos entre ellos, señorita Montfort… Pero, de todos modos, cuidado con esos hombres. Es posible que el que está herido en un hombro lleve una pistola escondida en el pañuelo del cuello. Estad atentos.

Los dos rusos llegaron junto al coche, seguidos de «Tres», que se mantuvo tras ellos, expectante. Scorpio se apeó, haciendo un amable saludo con una mano.

—Buenas noches, señores. ¿El dinero está en el portafolios?

—En efecto, míster Smith.

—¿Puedo examinarlo?

—Desde luego.

Tendió la cartera a Scorpio, que la cogió, pareció a punto de abrirla, y, de pronto, se quedó mirando astutamente a los dos hombres.

—«Tres» —le tendió la cartera—, aléjate unos pasos, hacia aquel farol, y asegúrate que dentro hay cinco millones de dólares.

«Tres» cogió el portafolios y se alejó, siempre en silencio, sin el menor comentario. Era como si no pudiera ocurrírsele que dentro del portafolios pudiera haber una carga explosiva que estallaría al ser abierto.

Pero no había ninguna carga explosiva. Todos le vieron abrir el portafolios y sacar varios fajos de billetes, que fue dejando en el suelo, tras acuclillarse. Luego, los guardó, lentamente, como si estuviese calculando por encima la cantidad que tenía ante él. Regresó, tendió el portafolios a Scorpio y asintió con la cabeza.

El Doctor Scorpio cogió la cartera y la tiró dentro del coche, aprovechando para ordenar:

—Salga.

Brigitte se apeó, despacio. Daba la impresión de estar agotada, vencida. Los dos rusos miraron aquel rostro que apenas habían entrevisto tres horas antes en el muelle 66. Vieron la boca sellada por esparadrapo, pero no hicieron el menor comentario.

Por lo demás, aquella parecía la mujer que los había sorprendido tan desagradablemente.

—Señores: la agente Baby de la CIA. Y aquí tienen las listas de la CIA en Europa. Pueden examinarlas, hacer preguntas… Pero solo durante un minuto. No creo necesario ni conveniente prolongar esta entrevista.

El que estaba herido en un hombro cogió las copias fotográficas ampliadas obtenidas del microfilme, con la mano izquierda, flojamente. Con la derecha encendió una pequeña linterna, cuya luz fue resbalando sobre el satinado papel lleno de nombres y direcciones. Por fin, lo guardó todo, y se quedó mirando a Scorpio.

—¿Quién es usted? —musitó.

—Doctor Scorpio.

—¿Scorpio? Nunca oí su nombre antes… ¿Cuánto hace que se dedica a estas cosas?

—Poco tiempo. Muy poco —sonrió Scorpio.

—¿Poco tiempo… y ha conseguido apresar a Baby, lo cual no ha conseguido la MVD en varios años?

—Así son las cosas —sonrió de nuevo el hipnotizador—. Si están conformes con la mercancía, opino que no hay nada más que

hablar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Adiós, señores.

Fue el primero en entrar en el coche. Luego, lo hizo «Tres», y, finalmente, «Uno», que había salido para permanecer al otro lado, con la mano derecha en el bolsillo, lista la pistola. Pero cuando el coche se alejó, no había muertos ni heridos que lamentar.

Los dos rusos volvieron al coche, llevando ante ellos a Brigitte, que intentaba hablar, excitada, y los miraba con los ojos muy abiertos, casi desorbitados. Insistió tanto, casi negándose a caminar, que el que cojeaba la empujó rudamente, mascullando:

—Acepte la situación, Baby. No siempre se gana.

La volvió a empujar para meterla dentro del coche, y luego pasó al volante. El herido en el hombro se sentó junto a Brigitte, apuntándola con una pistola, firmemente sujeta en su mano sana.

El otro sacó una pequeñísima radio de bolsillo y la accionó, empezando a hablar inmediatamente, en ruso:

—¿Leonid? ¿Habéis disparado el localizador?

—Sí. La ventosa está adherida a la trasera del coche. Los localizaremos en cuanto queramos, Igor.

—No hay prisa. Nada de precipitaciones. Reuniros con nosotros, y decidiremos lo que conviene hacer. Ese hombre, que dice llamarse Doctor Scorpio, tiene cuatro hombres bien armados y entrenados. Nada de precipitaciones.

—Está bien. ¿Vamos al sitio convenido?

—Desde luego.

Cerró la radio, la guardó y tomó el volante. El coche partió inmediatamente, mientras atrás Brigitte se debatía fuertemente, intentando al tiempo soltar sus manos y hablar.

—Estese quieta —dijo el otro ruso, en inglés—. No va a conseguir nada.

—¡Mmmmm! ¡Mmmmmmmm…! —se desesperó Brigitte.

—Parece que quiere decirnos algo —comentó Igor, en ruso.

—Ya lo dirá cuando nos reunamos con Leonid y los demás.

—¡Mmmm! ¡¡¡Mmm!!!

—Le voy a dar un golpe —masculló el herido—. ¿Qué está intentando ahora?

Brigitte se había dejado resbalar por el asiento, de modo que sus

faldas ascendieron casi hasta las ingles. Entonces miró al ruso, desesperada al máximo.

—Me está enseñando las piernas. Debe de creer que somos imbéciles…

Brigitte volvió a gemir, moviendo negativamente la cabeza.

—Habla ruso, ¿no es cierto? Lo sabemos, Baby.

—¡Mmmm…!

—Mira si ya vienen los otros detrás de nosotros —dijo Igor. El otro miró por el cristal zaguero.

—No los veo aún. Ya vendrán. Espera… Me ha parecido ver un coche… ¡¿Quiere callarse de una vez?!

—Pregúntale qué es lo que quiere —gruñó Igor—. Y si es una tontería, dale un golpe y ya está.

—Bien… ¿Qué quiere? ¿Que la suelte?

Brigitte movió negativamente la cabeza, y sus ojos miraron hacia abajo, hacia la boca.

—¿Quiere hablar?

La espía afirmó enérgicamente con la cabeza, cada vez más desorbitados los ojos.

—¿Qué hago, Igor?

—Complácela. Si quiere gritar, rómpele la cabeza.

El otro vaciló. Se pasó la pistola a la mano izquierda, y con la derecha arrancó el esparadrapo, de un fuerte tirón que hizo lanzar un contenido gemido a la espía.

—¡Mi vientre! —gritó enseguida—. ¡Súbame la ropa!

—¿Que le suba la…?

—¡¿No entiende mi ruso?! ¡Súbame la ropa, toda, hasta arriba, hasta donde pueda!

—Bien…

El ruso obedeció, y se quedó mirando, perplejo, los bonitos pantaloncitos.

—¡Bájelos, pronto!

El soviético obedeció. Inmediatamente, su expresión no poco perpleja aumentó.

—¿Qué es esto…? —adelantó una mano.

—¡No lo toque todavía! Espere… Despegue con mucho cuidado el esaradrapo, no le dé el menor golpe… ¡Pero dese prisa!

—¿Qué clase de truco es este?

—¡Es un escorpión, de plancha de aluminio, que contiene gas mortal! Puede ser accionado a distancia, por un emisor de ondas ultracortas, y entonces soltará el gas… ¿No lo comprende? ¿No comprende lo que el Doctor Scorpio quiere hacer… con nosotros tres?

—¡Espera! —gritó Igor.

Detuvo el coche, se apeó y pasó al asiento de atrás. Dedicó apenas tres segundos a examinar el escorpión negro que parecía adherido al vientre de la espía.

—¡Está perdiendo el tiempo! ¡No es un truco, pues yo también moriría…! ¡Arránquemelo con cuidado!

—Puede ser verdad —musitó el otro, nervioso—. Scorpio… Escorpión… ¡Quítaselo, Igor!

Este procedió a hacerlo, rápidamente, pero con cuidado. La espía permaneció inmóvil, sin mover el vientre ni una milésima de pulgada, como si fuese de piedra. Por fin, en pocos segundos que parecieron eternos, el escorpión negro quedó en la mano de Igor, que miró a la espía, cuya frente estaba cubierta de sudor cuando aspiró profundamente.

—¡Tírelo! ¡Tírelo lejos, Igor! ¡Pronto!

—Ahí vienen los otros —dijo el herido, de pronto.

—¡El escorpión! ¡Tírelo!

Igor se apeó y lanzó lejos el negro escorpión de aluminio. Y justo en aquel momento vio, en aquel lado, otro coche. Y si el de sus compañeros estaba detrás…

Sobresaltado, llevó la mano a la pistola, precipitadamente…

Y en aquel instante, de junto al coche recién descubierto brotaba un gran fogonazo anaranjado, acompañado de un sordo estampido, un rebufo ahogado, que agitó la maleza.

Detrás y a la izquierda de Igor, el coche de sus compañeros, que había empezado a detenerse, saltó hecho pedazos, rodeado de una aureola de gasolina ardiente, de una espesa llamarada roja y negra que pareció saltar hacia el negro cielo de la noche.

Mientras tanto, dentro del coche, Brigitte había comprendido la auténtica situación, y supo que aquel era el único momento de que dispondría para salir viva, aprovechando la esperada ayuda, que llegaba, sin duda, en el momento de mayor desconcierto para los rusos… Se tiró de cabeza contra el herido, calculando

perfectamente el lugar del golpe. Un golpe fuerte, que alcanzó de lleno en la herida recién vendada al ruso que quedaba dentro del coche, el cual lanzó un alarido espantoso y pareció a punto de desvanecerse. Una de las rodillas de Brigitte se clavó en su bajo vientre, obligándole a encogerse aún más. Y antes de que el ruso tuviera tiempo ni siquiera de respirar, la agente Baby había abierto la portezuela con un codo, la había empujado con un hombro y corría hacia los más próximos baladres, cuyo intenso aroma quedaba anulado por el de la ardiente gasolina, cuyas llamas parecían haberse calmado, conjuntado.

Teñida en tonos rojos, cárdenos y negros, la espía corría desesperadamente cuando oyó tras ella el suave «plop» de un disparo silencioso. Notó como un trallazo en la cadera derecha, y estuvo a punto de caer…, pero solo lo hizo cuando llegó a las espesas matas, dentro de las cuales se tiró, de cabeza, sin vacilar.

Se arrastró hacia un lado y atisbó por entre las finas ramas. Igor corría hacia allí, pistola en mano, y el otro salía del coche, tambaleándose, también con su pistola lista para disparar.

De pronto, pareció recibir un violento empujón, que lo metió de nuevo dentro del coche. Quedó con medio cuerpo fuera y medio dentro, inmóvil…

Brigitte miró a su derecha y vio al hombre que corría diagonalmente hacia ella, y por tanto hacia Igor, que estaba a menos de diez yardas de las matas, crispado el rostro, brillantes los ojos. Debió de notar algo a su izquierda, porque giró un poco la cintura, sobre la marcha… Lanzó un grito, alzó la pistola desviándola hacia allí… y saltó en el aire, con un balazo en la cabeza. Por un instante, pareció que hubiese dado un gran salto, que pretendiera continuar corriendo por el aire… Pero fue un instante, ya que cayó como fulminado, girando, de bruces por fin…

—¡Baby!

Brigitte salió corriendo, y el hombre fue hacia ella, todavía pistola en mano. La cogió de un brazo y tiró de ella, hacia el coche escondido, mientras se oían ya las sirenas de un coche policial. Brigitte fue empujada dentro del coche, y el hombre, tras recoger el fusil especial con el que había lanzado la granada, se colocó al volante.

—¡Agárrese! —sonrió secamente—. ¡Vamos a despegar!

Y, verdaderamente, por un momento, pareció que el auto fuese a salir volando, tal fue el impulso de la marcha que le imprimió el hombre que había ayudado a la espía…

El coche se detuvo, por fin, y el hombre suspiró, mirando a la espía.

—¿Está bien, nena?

——Casi del todo, Shannon. Solamente tengo un corte en la cadera, debido a una rozadura de bala… Fue usted muy oportuno.

Stephen Shannon sonrió secamente.

—El jaleo es mi fuerte. Parece que les hemos dado un serio disgusto a los de la MVD, ¿no es así?

—Otras veces nos los dan ellos a nosotros. Ahora, vamos a buscar al Doctor Scorpio.

—¿Y al traidor? ¿Sabe ya quién es?

—Se apellida Newcombe, y está de paso en Nueva York con el conocimiento de la Central, hacia Roma.

—Bien… Será un placer conocerlo. Lo llevaremos a Washington para…

—Ese hombre no vivirá más de veinticuatro horas, Shannon. No habrá necesidad de llevarlo a Washington.

—Entiendo.

—¿Qué hora es?

—La una menos diez.

—Ya no lo alcanzamos… Su avión sale a la una y media de esta noche… Dentro de cuarenta minutos.

—Podemos intentar llegar al aeropuerto en ese tiempo.

—No —entornó los ojos Brigitte—. Vamos a dejarlo marchar, Shannon. Sí… Vamos a dejarlo llegar a Roma. Mientras tanto, nos ocuparemos de Scorpio.

—¿Los dos solos?

—Usted no conoce a nadie aquí, en Nueva York, y yo no quiero que trascienda lo que han hecho con Simón y tío Charlie. ¿Se le ocurre alguna solución?

—De acuerdo: los dos solos.

—Pues en marcha. A la casa de la Quinta Avenida que…

—Ya sé, nena, ya sé… Tal como me indicó, la estaba vigilando, y vi como salían usted y Scorpio y demás gente, de modo que pude seguirlos.

—Si se hubiese quedado, habría visto salir, poco después, al traidor.

—Sí, es cierto… Pero me preocupé por usted. Dígame una cosa: ¿cómo ha podido soportar todo esto sin alterarse, sin…?

—Shannon, desde el principio comprendí que yo dominaría la situación, pero no sabía quién era el traidor. Por tanto, debía fingir que Scorpio me tenía dominada en todos los sentidos, incluso demasiado, fingiendo desvanecimientos mentales y cosas así… Mi meta era estar con él para conocer sus negocios, y, sobre todo, al traidor. Cuando lo tuve ante mí, simulé la reacción lógica de una persona de fuerte mente que ha sido hipnotizada. Tuve una reacción que Scorpio calificó de… subconsciente. Y solo era seguir jugando mi papel en la comedia, ya que si hubiera demostrado demasiada mansedumbre ante el traidor, o demasiada lucidez, quizá me habrían matado inmediatamente, comprendiendo que los había estado engañando.

—La leyenda de una espía convertida en realidad —musitó Stephen Shannon—. Es usted fantástica, nena. Supongo que se da cuenta de que han podido matarla en cualquier momento, como si tal cosa.

—Siempre se corren riesgos… ¿Le ha proporcionado mi doncella todo el material pedido?

—Ajá. Empezando por ese fusil lanzagranadas.

—Entonces, vamos a darle un disgusto a Scorpio. También él podrá comprobar, como yo, como los rusos, que siempre se corren riesgos.

Capítulo IX

«Uno» salió del gran despacho, impávido, silencioso como siempre, sin producir el menor ruido con sus zapatos-mocasín. Llevaba una bandeja en las manos, y en aquellos momentos era el hombre más tranquilo del mundo, pese a su nariz rota e hinchada.

Un hombre tan tranquilo, que ni siquiera supo reaccionar al ver a la pareja, justo delante de él, allí mismo, en el gran vestíbulo, todavía cerca de la puerta que daba al jardín. ¿Cómo era posible que hubiesen entrado sin…?

Estaba tan estupefacto, tan absolutamente pasmado, tan completamente atónito, que solo reaccionó cuando vio que la sonriente espía alzaba una gruesa pistola, apuntándolo.

Y para entonces ya era demasiado tarde. Plof…

La gruesa pistola disparó una ampolla de gas fulminante, que dio justo en la barbilla de «Uno», desvaneciéndolo instantáneamente. Hombre y bandeja se vinieron al suelo casi a la vez, armando un gran estrépito inevitable.

Brigitte señaló hacia el interior del despacho, y Shannon corrió hacia allí, abriendo la doble puerta de un empujón, velozmente, y colocándose a un lado… Nada ocurrió, ninguna voz se oyó. Miró a Brigitte y movió negativamente la cabeza. Scorpio no estaba allí.

De la cocina llegaba el rumor apagado de unos pasos precipitados, y enseguida «Tres» apareció en el vestíbulo, corriendo, mirando intrigado a… a… Brigitte Montfort, alias Baby.

Plof…

«Tres» recibió la ampolla de gas en la frente, y también cayó fulminado, de bruces, sin haber tenido tiempo ni para pensar en sacar su pistola.

Shannon se reunió con Brigitte, pero ella señaló escalera arriba, y su compañero de la CIA comprendió, dirigiéndose hacia la amplia escalinata blanca que ascendía a los dormitorios. Mientras tanto,

Brigitte se deslizó hacia la cocina… y entraba en esta justamente cuando «Dos» aparecía en ella, procedente del sótano. También «Dos» se llevó la gran sorpresa, con la consiguiente desventaja. Y sonriendo fríamente, la espía del maletín rojo con florecillas azules estampadas volvió a disparar la gruesa pistola.

Otro «plof» suavísimo, y «Dos» se fue hacia atrás, rodando por la escalera que llevaba al sótano. Si la bandeja había hecho un formidable ruido, la caída de «Dos» no fue menos escandalosa, escalera abajo, resonando en el mal iluminado pasillo.

Sin detenerse a pensarlo, Brigitte puso el pie en el primer escalón… y retiró vivamente la cabeza, evitando así la bala disparada por «Cuatro», que dio en la pared y rebotó peligrosamente hacia abajo. Pero inmediatamente «Cuatro» regresó al laboratorio del siniestro Doctor Scorpio, y Brigitte oyó claramente el ruido de la puerta secreta al cerrarse. Asomó de nuevo la cabeza, no vio a nadie, y continuó el descenso, siempre alerta, sin confiarse. Scorpio no tenía que estar forzosamente en su laboratorio…

Pero así debía de ser, porque cuando hubo examinado precavidamente el pasillo y el *living* donde por primera vez despertó del sueño producido por el escorpión amarillo, se convenció de que nadie había allí. Y al mismo tiempo, Shannon aparecía en la alto de la escalera que llevaba a la cocina.

Brigitte lo miró, y el espía movió negativamente la cabeza. Scorpio, pues, estaba en su laboratorio. Por señas, Brigitte indicó a Shannon que se reuniera con ella, y se colocaron cada uno a un lado de la puerta secreta que ella conocía perfectamente.

—¡Scorpio! —alzó Brigitte la voz—. ¡Sabemos que está ahí, con sus asquerosos bichos! ¡Salga pacíficamente, o le haré una demostración del gas que utilizo yo! ¡Dispone de diez segundos!

Los diez segundos transcurrieron sin novedad. Brigitte, sin alterarse, abrió su maletín, sacó un trozo de explosivo plástico, lo acondicionó en la puerta secreta y prendió la mecha, echando a correr hacia la escalera que llevaba a la cocina, seguida de Shannon. Todavía no habían llegado a lo alto cuando se produjo la explosión, y la puerta fue lanzada al interior del laboratorio, en medio de una nube de humo blanco y espeso.

Inmediatamente, los dos espías regresaron al pasillo, listas las

pistolas. Sin vacilar, Brigitte disparó dos ampollas de gas fulminante al interior del laboratorio, en el cual el humo se iba disipando rápidamente. Tan rápidamente, que cuando Brigitte y Shannon entraron, apenas había unos delgadísimos jirones…

El espectáculo era terrorífico. En el suelo yacía «Cuatro», con un balazo en el pecho. Y a su alrededor los escorpiones vivos del Doctor Scorpio se movían taimadamente, sin que parecieran afectados por el gas fulminante de evaporación inmediata.

Instintivamente, los agentes de la CIA dieron un paso atrás. Uno de los escorpiones negros se acercaba, como loco, hacia los pies de Shannon, que retrocedió más, demudado el rostro, y disparó, no precisamente con gases, destrozando al escorpión, salpicándolo en las paredes.

—No está —musitó Brigitte—. ¡No está aquí!

—Pero estaba —señaló Shannon a «Cuatro»—. Y antes de escapar por algún lugar secreto, mató a su último hombre, para que no entorpeciese su huida… ¡Cuidado!

Un escorpión color arena se había acercado a los pies de Brigitte, o quizá quería solamente pasar por allí, buscando un escondrijo… Un puntapié de Shannon lo envió, reventado, al fondo del estremecedor laboratorio.

—No hay más puertas aquí —masculló el espía—. Al menos, a la vista. Pero es obvio que…

—¡La urna! —exclamó Brigitte.

—¿Qué…?

Señaló la urna de cristal donde habían estado los escorpiones vivos. Estaba al descubierto, un poco inclinada hacia delante, con las dos puertas corredizas de cristal abiertas… Los escorpiones habíanse deslizado por el terreno inclinado, cayendo al piso del laboratorio…

—¡El humo ha desaparecido enseguida, Shannon! ¿Se da cuenta de lo que ocurre?

—¡Claro que me doy cuenta!

Apartó a puntapiés a varios escorpiones, y los dos se acercaron a la inclinada urna gigante. Brigitte metió la cabeza en el hueco, y miró hacia arriba. Efectivamente: había unos escalones de hierro pegados a la pared, ascendiendo por un largo túnel vertical. Por allí se había marchado el humo… y el Doctor Scorpio.

—El tejado —musitó Brigitte—. ¡El tejado! ¡Quédese aquí, Shannon! ¡Y cuidado con los escorpiones!

Esto último lo dijo ya en la puerta, corriendo a toda velocidad hacia el tramo de escalones. Salió a la cocina, cruzó el vestíbulo, ascendió la magnífica escalinata, rebasó el primer piso, llegó al segundo, localizó la puerta del cuarto trastero, la abrió de un par de disparos, entró y se detuvo al pie de la escalerilla de madera que ascendía al tejado. Subió silenciosamente, y con una mano intentó mover la trampilla, pero se dio cuenta inmediatamente de que aquel pestillo que tenía a su alcance la mantenía cerrada. La abrió, la empujó lentamente y acabó por doblarla sobre el tejado. Recurrió de nuevo a la pistola de gases y salió al tejado, mirando a todos lados, hasta ver aquella especie de chimenea, pero más grande, sin señales de humo… y tapada por una chapa de aluminio.

La espía retrocedió inmediatamente unos pasos, sobre la resbaladiza pizarra, al oír los golpes en la plancha de aluminio. Por supuesto, Scorpio había encontrado dificultades para abrirla normalmente, y estaba recurriendo a la fuerza. Una salida de emergencia que el repelente y asombrosamente guapo Scorpio no debía de haber utilizado jamás, y que ahora se resistía a abrirse…

De no haber sido así, Scorpio habría escapado ya haría algunos minutos, por los tejados.

Pero, efectivamente, Brigitte Montfort, alias Baby, siempre tenía suerte. Suerte, talento, ingenio y audacia. Y un poquito de valor. Con todo este combinado, la suerte del Doctor Scorpio estaba echada…

La trampilla se alzó, por fin, tras oírse un golpe más fuerte; y la cabeza de Scorpio apareció, perfectamente visible bajo el raudal de luces de Manhattan.

—No se mueva, Scorpio —apareció, Brigitte cerca de él—. Es mejor que deje caer la pistola abajo, y luego descienda usted. Lo están esperando.

Un negro relámpago de inmenso odio pasó por los pequeños ojos de Scorpio.

—Me ha engañado… Me ha estado engañando… ¡A mí! ¡Al Doctor Scorpio!

—Déjese de tonterías y suelte la pistola. Luego, descienda usted, ya se lo he dicho… y no lo repetiré.

—Usted… usted es realmente una víbora astuta… Newcombe tenía razón, a fin de cuentas… ¿Cómo pudo engañarme? ¿Cómo? ¡Hipnoticé a sus amigos con Hipnos y con mi propio poder, los tenía a mis órdenes en todo momento, aún lo estarán durante un par de días…! ¿Por qué se me escapó usted? ¿Cómo lo hizo?

Brigitte alzó la pistola lanzadora de ampollas.

—Abajo, Scorpio —ordenó fríamente.

—¡Es usted quien tiene que obedecerme a mí! ¡Usted a mí, usted a mí! —Scorpio parecía loco de rabia, de decepción—. ¡Y ya que no quiere obedecerme, la…!

Sacó la mano, de pronto, armada con la pistola… Plof.

La ampolla reventó justo bajo su nariz, y el gas obró con la fulminante rapidez de siempre. La pistola escapó de los dedos del Doctor Scorpio, y aunque Brigitte saltó hacia él para sujetarle por una mano, no pudo conseguirlo, por el simple motivo de que Scorpio no tenía tanta suerte como ella, y desapareció túnel abajo, resonando su cuerpo contra los escalones de hierro formados por barras dobladas y clavadas en la pared.

Brigitte se asomó, pero ya no pudo ver nada. Solamente oyó un gran estrépito de cristales, muy abajo y en una línea desviada de la que marcaba la perpendicular de aquella salida…

Cuando llegó abajo, otra vez al sótano, Stephen Shannon estaba en el pasillo, ante la puerta, y señaló silenciosamente hacia el interior del laboratorio.

Allí, sobre los restos de la destrozada vitrina de los escorpiones vivos, estaba el Doctor Scorpio, con la cara llena de sangre, un brazo grotescamente colocado a su espalda, y una pierna que se doblaba, rota por la mitad del muslo… Había perdido por completo su elegancia, su poder, su belleza física un tanto repulsiva, tipo Conde Drácula… Lo había perdido todo, en fin, puesto que había muerto.

—Cayó sobre la vitrina, la reventó y resbaló hasta el piso. Cuando me vio, todavía parecía capaz de hablar, pero… había caído sobre unos cuantos escorpiones que yo había apartado a… —le pegó un puntapié a un escorpión—, ¡a patadas!

Brigitte asintió con la cabeza y movió una manita, señalando los escorpiones que aún quedaban con vida.

—Acabemos con esos pobres huérfanos —musitó.

* * *

Diez minutos más tarde, Stephen Shannon chascó los dedos, y Brigitte se acercó a la radio, donde había estado manipulando el espía.

—¿Listo, Stephen?

—*Okay*, nena.

—Muy bien… ¿Está seguro de que la entiende bien, de que…?

—No malgaste su tiempo. Sé lo que hago.

—Entonces, haga la llamada. Simplemente, encienda la radio y repita varias veces, espaciadas, solamente esto: «el escorpión mata a las arañas».

—¿Y qué pasará?

—Pues que los socios de Scorpio estarán en el yate antes de veinticuatro horas, tiempo más que sobrado para que yo reúna a los muchachos de Nueva York y les tendamos a todos una encerrona definitiva.

—A eso le llamo yo hacer un buen trabajo. Si usted dirige…

—No dirigiré nada. Usted mandará ese grupo, Shannon. Yo los llamaré, por la onda establecida para Nueva York, y daré la clave de reunión. Usted y ellos harán el resto. Y ahora, haga esa llamada: «el escorpión…

—… mata a las arañas», ya sé. De acuerdo.

Stephen Shannon utilizó perfectamente la radio, emitiendo, con voz neutra… monótonamente, la misma frase, hasta una docena de veces… Cuando lo hubo hecho, apagó la gran radio potentísima, y se quedó mirando a Brigitte, que permanecía en el centro del laboratorio, fruncido el ceño, lejana la mirada…

—Listo.

—¿Eh…? Ah, muy bien, Simón…

—¿Simón? —sonrió Shannon.

—Para mí, usted es y ha sido siempre Simón.

—Bueno… Le aseguro que ha sido más divertido esto que irme a pescar a Canadá. ¿Sabe que cuando me contó todo el asunto, después de escapar de la encerrona del muelle, llegué a pensar que usted estaba… un poco… un poco…?

—¿Loca? —sonrió Brigitte.

—Pues sí. Pero cuando vi a Simón, a… su tío Charlie, tan

pasivos, tan… extraños en cierto modo… Bien, me alegro de haberle seguido el juego, nena. ¿Y ahora?

—Llamaré a reunión con mi radio de bolsillo, camino del aeropuerto. Ya sabe dónde debe acudir, Simón.

—Mmm… Sí, lo sé, pero…

—Mi última acción va a costarle a la CIA quizá diez mil dólares… Pero siempre es más barato que once millones.

—¿Qué piensa comprar? ¿Un abrigo de pieles para…?

—Solo pienso alquilar un reactor, Simón. Para mí sola. Es un placer que no cedería a nadie en el mundo. Vamos a demostrar que el escorpión mata a las arañas… y la zorra mata a los conejos. Hasta la vista.

Capítulo X

Tras el feliz aterrizaje en una de las pistas del aeropuerto romano de Fiumicino, Gerald Newcombe pasó felizmente la revisión de pasaportes y demás trámites obligatorios.

Tan felizmente, que cuando, por fin, pudo seguir su camino hacia los grandes vestíbulos internacionales, sonreía alegremente. Todo estaba saliendo a la perfección: el viaje, la breve escala en las Azores, la feliz llegada…

En su bolsillo, las listas de nombres que componían el… elenco de la CIA en Europa. Unas cuantas copias fotográficas que iban a valerle cinco millones de dólares. Ni más ni menos.

Sí… Era una buena idea ingresarlos en un banco de Suiza. Allá estarían seguros, hasta que él, unos años más adelante, decidiese retirarse de la CIA con todos los honores. Su dimisión sería aceptada sin demasiados reparos. Cuando tuviese cuarenta años, tendría derecho a una vida más tranquila, más sedante, más… lujosa.

Cinco millones. Que podían ser muchos más, porque si seguía trabajando con Scorpio aún se podrían hacer buenos negocios ¿Qué demonios le importaba a él la CIA, ni nada que no fuese él mismo?

¡Al diablo todos!

Tan, tan satisfecho de la vida estaba, que hasta miraba a las chicas. Ah, sí… Aquella sería una de las satisfacciones que pensaba darse cuando todo acabase, cuando fuese ciudadano particular, con una espléndida villa en Capri, o en la Costa Azul, quizás… O en Honolulú… En algún sitio hermoso, soleado, feliz, lleno de flores.

¡Y había tantas chicas hermosas! ¡Ah, Italia…! Aquellas mujeres briosas, con los ojos llenos de luz, de expresiones apasionadas… Decididamente, escogería Capri. Y, a ser posible, con aquella chica rubia que estaba de espaldas a él. Sensacional. Sencillamente sensacional, única, formidable… Lástima que aún no hubiese

llegado el momento… Lástima de tener que perderse aquella muñequita de fabulosas piernas y cuerpo perfecto…

Ah, y fumaba en boquilla… ¡Qué deliciosamente exótica…! ¡Bien!

¡Se iba a volver, podría ver su lindo rostro…!

Y lo vio.

Gerald Newcombe vio aquel lindo rostro, de inmensos ojos azules, que sonreían… como podría sonreír una pantera antes de lanzar su zarpazo mortal.

¡Vaya si lo vio…!

Y con toda claridad, sin lugar a dudas, sin que el rubio cabello teñido pudiese engañarlo ni un instante.

Y se detuvo en seco, tembloroso, súbitamente pálido.

—No —gimió—. ¡No, no, no…!

La rubia, que tenía la boquilla entre los hermosos labios, amplió su sonrisa. Una de sus hermosas manitas se alzó, haciendo un delicioso gesto de «adiós», en una despedida lenta, amable… y al mismo tiempo pareció que soplase para afuera en la boquilla.

Y en el acto, Gerald Newcombe notó aquel pequeñísimo, insignificante pinchazo en la garganta.

—¡NOOOOO…! —gritó.

Cayó de rodillas, e inmediatamente de bruces. Se armó un pequeño revuelo a su alrededor, pero la preciosa rubia fue la primera en llegar junto a él, y lo volvió, cara arriba, pasando una mano por su pecho, para colocarla bajo la chaqueta, sobre el corazón de Newcombe. A su alrededor, la gente se arremolinaba, preguntando, hablando excitadamente…

—Gritó «no» y cayó… —decía una viejecita.

—Seguro que es un ataque al corazón —opinó un caballero. La rubia se incorporó, con apenada expresión.

—Está muerto —dijo—. Alguien tendría que llamar una ambulancia.

—Lo que yo digo: un colapso.

—¡Pobre señor, tan joven y apuesto…!

—Ya ve —sonrió tristemente la rubia—, no somos nada, señora. En verdad que era guapo, pero…

Hablaba un italiano simpático, dulce, casi cantando. La dama estaba a punto de decir que ella también era muy hermosa cuando

los altavoces se dejaron oír, anunciando la salida del vuelo setecientos cuarenta y cinco, con destino a Nueva York, directo. Los pasajeros debían hacer el favor de dirigirse a…

—Oh, perdón —se excusó la rubia—. Tengo pasaje para ese vuelo…

Dos hombres llegaban en aquel momento, crispados los rostros, y apartaron a todos, para inclinarse sobre el cadáver de Newcombe.

—Un ataque al corazón, según parece —sonrió la rubia, mirándolos con una ironía que los desconcertó.

Y se alejó hacia las pistas, con aquel gracioso caminar, con una gracia tan femenina que los hombres perdían el paso al cruzarse con ella.

La rubia salió a las pistas, y caminó hacia el gigantesco *jet* que estaba esperando a los pasajeros con destino a Nueva York. Antes de llegar al gran *jet* se cruzó con un piloto pecoso, que mascaba chicle, y que se preguntó si aquella no era la pasajera que estaba esperando, la que había traído desde Nueva York.

Pero la rubia pasó sin mirarle y abordó el *jet*. El piloto se dijo que el plazo que ella le había dado estaba vencido, de modo que, siguiendo las instrucciones de aquella morena que tanto se parecía a la rubia, decidió volver a Nueva York, anticipándose a la salida del *jet*.

Y mientras tanto, en una ventanilla de este, la rubia abría su manita derecha, miraba sonriente las copias fotográficas llenas de nombres y direcciones, y luego las dejaba caer en el interior de su curioso maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Efectivamente.

Y las zorras matan a los conejos.

Este es el final

—De modo —dijo Simón— que no solo tenemos todas las copias de las listas y hemos eliminado al Doctor Scorpio y su organización, y hemos ejecutado a un traidor, sino que nos quedan cinco millones limpios, que nos proporcionaron los amables muchachos de la MVD al pagar a Scorpio… ¡Buen golpe, diantres!

—Sí —admitió Baby—. «Hemos» trabajado muy bien, Simón. ¿Qué sabemos de Shannon?

—Oh, pescando en Canadá, claro…

—Entonces, todo perfecto… ¿No está de acuerdo, tío Charlie?

—A mí solo hay una cosa que me preocupa —gruñó Pitzer—: un tipo fue capaz de hipnotizarnos, de… ¡De hipnotizarme a mí!

—Ayudado por un genial aparato, que está siendo estudiado por los técnicos de la CIA —recordó Brigitte—. Me recuerda usted al Doctor Scorpio, que también se enfureció cuando descubrió que le había estado tomando el pelo… ¿Por qué se irrita? También hipnotizaron a Simón con Hipnos, y no se lo toma tan a pecho. Lo hipnotizaron, y eso fue todo. Afortunadamente, aquí estaba Baby, para resolverlo todo.

Pitzer la señaló furiosamente con un dedo.

—¡A usted la sentaron también en aquella endemoniada silla…! ¿Cómo es posible que no pudiera hipnotizarla aquel loco?

—Un truco llamado yoga, tío Charlie. Yo solo tenía que hacerle creer que estaba en su poder, hasta conocer al traidor. Y así lo hice.

—¿Cómo lo hizo? —explotó Pitzer.

—¿Sabe usted, tío Charlie, que uno de los principios del yoga es la… evasión mental?

—¿La qué?

—La evasión mental. ¿Recuerda cuando me clavé aquel alfiler…? Pitzer miró su mano, en la que aún se veía un pequeño trozo de tafetán preparado.

—¡Claro que lo recuerdo! ¿Qué tiene que ver…?

—Cuando me clavé aquella aguja, el truco era más simple de lo que usted creyó… O quizá mucho más complicado. Consistía, únicamente, en dejar la mente en blanco, de tal modo que ninguna sensación corporal podía afectarme. O sea, que solo se pinchaba carne. Pero la mente, lejos del cuerpo, no podía recibir aquella sensación. Y usted sabe que tanto la sensación de dolor, como de placer… o cualquier otra, existe en tanto existan los centros nerviosos del cuerpo, y un cerebro que recoja esos reflejos, esas sensaciones.

—¿Quiere decir que usted puede evadirse mentalmente de un lugar, de un dolor…?

—Efectivamente. Mi cuerpo queda, pero mi mente se va. Sube, sube, sube… Buscando la perfección, la bondad, con tal intensidad, que el cuerpo carece en esos momentos de importancia. Por eso, cuando supe que Scorpio iba a hipnotizarme, solo tuve que evadir mi mente, de modo que él jamás la estuvo dominando. Y luego, con hacer lo que él esperaba, el engaño fue completo.

—¿Pretende que me crea eso? —farfulló Pitzer. Brigitte sonrió enigmáticamente.

—No pretendo nada, pero así es el yoga llevado a sus altos resultados. Ni quito ni añado nada.

—¡Pruebas! ¡Quiero pruebas!

—¿Más pruebas, tío Charlie? Bien… A usted lo hipnotizaron y a mí no… ¿Qué más pruebas quiere?

Pitzer se puso en pie y se dirigió farfullando hacia la salida del *living*.

—Vámonos, Simón. Ya estoy harto de oír tonterías.

Simón miró a Brigitte y encogió los hombros. Se despidieron ambos con un gesto, y los dos abandonaron el apartamento de Brigitte.

Diez minutos más tarde, cuando sonó el timbre de la puerta, la espía sonrió, y dijo:

—Ve a abrir al tío Charlie, Peggy.

Y, efectivamente, Charles Pitzer reapareció en el *living*: hosca la mirada, un poco enrojecido el rostro.

—¿Ya le dio esquinazo a Simón, tío Charlie?

—Emmm… Bueno, sí… Respecto al libro ese de…

Se oyó otro timbrazo, y Brigitte casi se echó a reír.

—¡Bien! ¡De nuevo reunidos!

Simón apareció casi corriendo en el *living*.

—¡Baby, le di esquinazo al viejo, y…! Ah… ¡Oooooh, no!

—De acuerdo —dijo Brigitte—, les prestaré el libro a los dos… cuando yo lo haya terminado.

Y se echó a reír, coreada, segundos después, por los dos espías.

FIN